



REVISTA EUROPEA.

Núm. 145

3 DE DICIEMBRE DE 1876.

AÑO III.

UN PARALELO PSICOLÓGICO.*

Los *Discursos Selectos* de John Smith, extraídos de sus papeles y publicados después de su muerte, son en mi opinión la obra más notable que nos ha dejado la escuela de Cambridge. Sin género de duda, tienen derecho á un lugar en la historia de la literatura inglesa. El no reimprimirlos, es para mí un abandono indisculpable. Pero el principal valor de los *Discursos Selectos* no es literario, sino religioso. Su gran mérito consiste en que proclaman é insisten profundamente sobre la *verdad natural* del cristianismo, fundándolo así sobre un cimiento que no vacila bajo nuestros piés. Digno de notarse es, en verdad, que un profesor de teología nos presente el cristianismo de este modo. El cristianismo es verdadero, pero generalmente la base que le asignan nuestros teólogos es falsa, y como es falsa, no tiene más remedio que hundirse tarde ó temprano. He pensado á menudo que si los ordenandos no leyeran más que el gran discurso de Smith «Sobre la Excelencia y Nobleza de la Verdadera Religion» y la «Historia de la Teología Cristiana en tiempo de los Apóstoles», de Mr. Reuss, junto con la Biblia, quizá pudiéramos abrigar la esperanza de tener por guía nacional de la religion un clero que supiera por dónde caminaba, en vez de hallarse, como hoy se halla, al borde de su perdición.

Es bastante singular que quince años ántes de la ejecución de las brujas de Lowestoft en el entierro de San Edmundo, John Smith, el autor de los *Discursos Selectos*, tuviese libre su mente de preocupaciones como la de la brujería. En los días de Su Majestad, todos los años predicaba en Huntingdon un individuo del colegio de la Reina un sermón contra la hechicería y los pactos con el diablo. John Smith, como uno de ellos, hubo de predicar este sermón. Es el décimo y último de sus *Discursos Selectos*, y lleva por título: «Conquistas del cristianismo, ó un discurso sobre la activa enemistad del diablo y su continua hostilidad hácia el hombre, la lucha de la vida cristiana, la victoria y el éxito seguros en esta guerra espiritual, la maldad de las artes y ritos mágicos, pactos diabólicos, etc.» El discurso lleva por epígrafe estas palabras: *Resiste al diablo y él huirá de tí.*

El orador comienza con el tradicional relato del «príncipe de las tinieblas, que habiendo conseguido una vez manchar la belleza original y la gloria de la obra maestra de Dios, continuamente trabaja para moldearla por su propia maldad y miseria.»

«Sería una vana curiosidad, dice, tratar de saber si el número de los espíritus malignos excede al de los hombres; pero es demasiado cierto, por desgracia, que jamás dejan de asistirnos de un modo latente... Aquellos diabólicos espíritus aún no han sido arrojados del mundo á la oscuridad; el insondable abismo aún no ha cerrado su boca sobre ellos.»

Y concluye su sermón con una reflexion y una advertencia. La reflexion es que

«Si no viviéramos en un mundo de perversion donde tanto y tan á la continua se peca, podría considerarse inútil el excitar á los hombres para que resistan á las sugerencias del demonio.»

Y como prevencion, añade que

«El uso de artes, ritos ó ceremonias incomprendibles, de las cuales no podemos darnos cuenta racional ó revelada, no son otra cosa que especies de magia que el diablo ejecuta, aunque no se halle presente corporalmente. El demonio, sin género de duda, se halla en todos estos ritos y fórmulas, y concede á ciertos hombres un poder extraordinario. Entre estos ritos, podemos comprender, no sólo los conjuros y palabras misteriosas, sino la astrología y todo lo que produzca efectos extraños que no podamos atribuir á Dios ó á la naturaleza. Así como Dios procede solamente por caminos llenos de luz, el diablo, por el contrario, gusta de obrar por oscuras y tenebrosas vías.»

Pero entre su exordio y la conclusion aparece el verdadero hombre. Smith aceptaba, como Hale, la creencia en la hechicería y los pactos diabólicos, cosa reinante en su tiempo. Pero su manera de ser le llevaba á buscar algun fundamento sólido para las ideas que admitía, sobre todo, cuando estas ideas se relacionaban con la religion. Y para la brujería y las artes diabólicas no encontraba ninguno en el concepto vulgar que de estas cosas se tenía. Véase por esto con qué profundidad y acierto las trasforma. «Cuando decimos que el diablo nos está continuamente tentando, no me refiero á un espíritu rebelde como sér individual y particular, sino á ese espíritu de rebeldía que vive dentro de la naturaleza humana.»

En este espíritu de rebeldía que vive dentro de la

* Véase el número anterior, pág. 673.

naturaleza humana encontraba Smith un fondo verdadero y experimental. Y todo el objeto del sermón es sustituir ésto á lo que los hombres llaman el diablo, el infierno, el enemigo y los brujos.

«Así como el reino de los cielos no tanto está fuera de los hombres como dentro, según nos dice nuestro Salvador; así la tiranía del diablo y del infierno no se encuentra precisamente en algo exterior, sino en las mismas cualidades y tendencias de los hombres. Y así también como el gozar de Dios y conversar con él, no tanto consiste en un cambio de lugar como en la participación de la naturaleza divina y nuestra asimilación cada vez mayor con la Divinidad; así nuestra conversación con el diablo no se manifiesta precisamente por una presencia local y material, sino por una imitación de una depravada y pecaminosa naturaleza como es la de aquél... El que comete algún pecado ó cae en algún vicio, no hace en realidad otra cosa que alimentar un *demonio interior*.»

Esta explicación de las artes diabólicas no era por concepto alguno aceptable para el mundo religioso y para los ministros Puritanos.

«Sé que estas frases parecerán á algunos muy atrevidas y extrañas; pero yo les suplico que consideren bien lo que denominan espíritu de malicia y de odio, ese espíritu de soberbia, ambición, vanagloria, codicia, injusticia, confusión, etc., que imperan generalmente y obran de un modo tan violento en la inteligencia y en la vida de los hombres. Digamos la verdad y llamemos á las cosas por sus verdaderos nombres: tanto como hay de pecado en un hombre, tanto es en lo que participa de la naturaleza diabólica. ¿Por qué hemos de despreciar al diablo con la lengua, mientras le mantenemos en nuestro corazón? Así como el amor de los hombres á Dios no es ordinariamente otra cosa que una pura tendencia de sus naturalezas á algo que lleva el nombre de Dios, sin pesar siquiera en lo que Él es, así su aborrecimiento al demonio no es generalmente más que cierta repugnancia natural hácia lo que lleva el nombre de diablo. Y á la manera que hacen un Dios á su capricho con el cual puedan cumplir fácilmente, lo mismo fabrican un diablo totalmente distinto de ellos, para que dé este modo pueda recaer sobre él el mayor odio y la más grande aversión. Esto guarda analogía con lo que los etíopes hacen, que es pintar blanco al demonio. ¡Extraña y jocosa especie de locura es esta en que los hombres abandonan el supremo bien y se lanzan al infierno y á la miseria! Pueden burlarse durante algunos instantes, pero el fundamento de la Divinidad es inmutable é indefectible. Cuando encontremos sabiduría, justicia, bondad, amor y gloria en su más alto grado, allí está el Sér Supremo; cuando de algún modo participemos de estas cualidades,

entonces podemos decir que estamos en comunicación con Dios; cuando nos alejamos de ellas, estaremos seguramente en las regiones del pecado y del infierno.»

¡Oh afortunada iglesia de Huntingdon, que por un día siquiera admitiste tal contradicción á las doctrinas que entonces sonaban en todos los púlpitos, y prescritas todavía por sir Robert Phillimore! Finalmente (y cito con más libertad, porque el escritor de quien tomo es tan poco conocido), nuestro predicador llega á refutar su propio exordio:

«Era un error extravagante de los Maniqueos el suponer que existe un *principium mali* sustantivo, el cual, poseyendo una existencia eterna, tenía también un poder incontrastable dentro de sí mismo para introducirse en las almas de los hombres, y una vez allí inclinarlos y forzarlos irresistiblemente al mal por medio de ocultas influencias. Mas nosotros somos los que levantamos ese reino de la sombra; y sin nuestro esfuerzo se sepultaría en la nada, de donde ha salido. Todo pecado ó vicio es obra nuestra, y prestamos vida á lo que es en verdad nuestra muerte.»

Que un hombre participe de un error extendido por todas las inteligencias que le rodean y propio de los tiempos en que vive, no prueba que no sea hombre de veracidad, criterio y talento. Este es el caso que hemos visto en Hale. Pero aquí en nuestro Platónico de Cambridge tenemos un hombre que acepta la errónea creencia en la brujería, la profesa públicamente, la predica; y no sólo es un hombre de veracidad é inteligencia, sino que vemos cómo se gobierna para dar al error adoptado por él una vuelta, á fin de presentárnoslo como tal error.

Ahora bien: aquí se halla realmente una semejanza más perfecta entre nuestro poco conocido teólogo y el gran Apóstol de los gentiles. Los escritos de San Pablo andan en todas las manos. Yo mismo he discutido largamente su doctrina, y por lo mismo para nuestro propósito de ahora no hay necesidad de exponer sus enseñanzas. Todo el mundo sabe de qué manera declara San Pablo su creencia de que «Cristo resucitó al tercer día, y fué visto de Cephas diez ó doce veces, después de lo cual se le vió por más de quinientos hermanos á la vez.» Los que no admiten el milagro pueden concebir muy bien, sin embargo, cómo se formó tal creencia y cómo fué sostenida por San Pablo. *La resurrección del justo* era una idea corriente en el espíritu de los judíos. Herodes mismo, supuso que San Juan Bautista se *había levantado de entre los muertos*; el pueblo judío, con la misma facilidad, creyó que Jesús podía ser uno de los antiguos profetas *resucitado de entre los muertos*. Relatando la historia de la crucifixión, añadían los hombres como una cosa natural que, cuando se consumó, «muchos de

los cuerpos santos sepultados se *levantaron y aparecieron en gran multitud.*» Jesús había hablado frecuentemente durante su vida de su propia resurrección. Creencias como esta de la resurrección corporal formaban parte de la atmósfera intelectual en que vivieron los primeros cristianos. Forzoso era que ellos creyesen en la resurrección de su Maestro, y que San Pablo, al convertirse al Cristianismo, recibiese esta creencia y sobre ella fundase sus doctrinas.

Pero Pablo, como nuestros Platónicos de Cambridge, adivinó instintivamente en esta idea vulgar de la religión un aspecto por el cual pudiera entrar dentro de su experiencia religiosa y convertirse para él en real y efectiva. Este aspecto no se encuentra en el puro hecho externo, ó sea en el milagro de la resurrección corporal de Cristo. Así que Pablo, como todos saben, por un prodigio de lucidez religiosa, vió en la resurrección otro aspecto que el del milagro físico. Presentó la resurrección bajo un punto de vista espiritual, pudiendo acomodarse así y establecerse dentro de nuestra experiencia. «Si Uno murió por todos, todos murieron entonces; y aquellos que viven no deben vivir para sí mismos, sino en Aquel que murió y resucitó por ellos.» La muerte, de este modo considerada, no es muerte corporal, sino la muerte del pecado; y la resurrección tampoco es una resurrección material, sino la resurrección de la gloria. San Pablo expresa aquí la misma idea de muerte y resurrección que fué la predominante de Jesús. Al mismo tiempo que profesa la creencia popular en el milagro de la resurrección corporal de Cristo (por medio de la que se borró é hizo desaparecer la misma idea de nuestro Salvador acerca de su resurrección), comprendió también esta otra idea y depuso sobre su legitimidad.

¿Dónde está, pues, ahora la fuerza de aquel *argumento de desesperación*, como lo hemos llamado, en que se establece que si San Pablo testimonia la resurrección corporal de Jesús con sus apariciones sucesivas y se equivoca al testimoniarlo, no tiene más remedio que ser un imbécil ó crédulo entusiasta, falso y completamente inútil?

Hemos visto que porque un hombre crea en accidentes sobrenaturales admitidos por la creencia general de su tiempo, no prueba nada contra su veracidad y talento. Además, estamos viendo también que al paso que afirman tales hechos sobrenaturales, pueden con rara lucidez contemplar el verdadero y natural aspecto de ellos, el aspecto que prevalecerá y subsistirá cuando el milagro haya desaparecido. Pueden ofrecernos en la misma obra el error corriente y también la nueva y fructuosa verdad que le ha de servir de correctivo.

Trato de estas cosas por última vez. Aquellos

que ya no admiten la antigua base de la religión, encuentran muchos obstáculos que ellos mismos se levantan y que les levantan sus contrincantes. Los partidarios del milagro les incitan, si es que no creen en él, á declarar imbéciles ó embusteros á todos aquellos escritores que lo admiten. Y al mismo tiempo temen, no tan sólo que les llamen inconsecuentes y falsos, sino que realmente merezcan ser llamados así, si no rompen decididamente con la religión en la que han sido criados, si todavía pretenden utilizarla.

A la vista tengo una carta notable en que se dice:

«Muchos otros y yo preferimos no llamarnos nada, á pertenecer á una Iglesia que se considere únicamente como *una sociedad nacional para la promoción del bien.*»

Ahora bien; así como he examinado la cuestión de si un hombre que rechaza los milagros debe romper con San Pablo, porque éste los afirma, voy á permitirme, antes de concluir, examinar la cuestión de si el mismo hombre está obligado á romper con la Iglesia de su país y de su infancia.

Ciertamente que es una cosa extraña el suponer un hombre que, tomando órdenes en la Iglesia de Inglaterra, acepte el concepto del Cristianismo que se expresa en el libro *Literatura y Dogma*. Porque la Iglesia de Inglaterra presenta una ciencia necesaria para la salvación, y el objeto de aquel libro es demostrar que esta ciencia no es ciencia, ni necesaria para la salvación. En el acto de tomar órdenes se le obliga al ordenando á declarar que acepta en un todo esta ciencia. Antiguamente el diácono suscribía á los Treinta y nueve Artículos y á la declaración de reconocer que «todos y cada uno de los artículos allí contenidos eran la palabra de Dios.» Un clérigo á quien se concedía un beneficio, declaraba «un sincero asentimiento á todas las materias contenidas en los Artículos.» Ahora, creo que no se exige más que un asentimiento general á lo contenido en el libro del Predicador Vulgar. Pero el libro del Predicador Vulgar contiene los Treinta y nueve Artículos, y el artículo octavo expresa que los Tres Credos encierran la ciencia que debe ser «totalmente recibida y creída.» Ahora bien, si uno profesa un «sincero asentimiento» á este Artículo, ó aunque sea un «asentimiento general,» desde luego manifiesta que recibe los Tres Credos como ciencia verdadera. Este es el punto en que conviene ser claros y explícitos. Sean lo que sean los Tres Credos, no son una ciencia que formula con verdad la religión cristiana. Y ninguno que esté convencido de que no lo son, puede sinceramente decir que presta un asentimiento general al artículo octavo y ser ordenado por lo tanto en la Iglesia de Inglaterra.

Se observará que el obstáculo consiste en un ju-

ramento que se exige al ordenando. Este juramento es un residuo del sistema de declaraciones y juramentos empleados en otro tiempo tan estrictamente y se considera como una reduccion ó alivio del antiguo yugo. Pero todavía es muy exclusivo. Si fuera posible que los políticos liberales intervinieran seriamente en la religion, no tendrían más remedio que pensar en la desaparicion de un juramento de esta especie. La misma Ordenacion para el culto al tomar un hombre las órdenes, y la práctica de las ceremonias de la Iglesia despues, son bastante garantía. Hay cosas en la Ordenacion que desearía fuesen de otro modo.

Algunas de ellas son materia de juramento. La introduccion del juramento de la Supremacia es una sobre la que Newman ha descargado una burla muy graciosa, y de la que sólo el elemento Filistino de nuestra raza nos prohíbe ver el ridículo. Si el juramento de la Supremacia se exigiese de un modo completo, debía tomarse ante el magistrado civil. Pero aparte de tan pueriles materias de juramento, se obliga en la Ordenacion de Diáconos á declarar una sincera creencia en todas las Escrituras canónicas del Antiguo y Nuevo Testamento. Tal vez esta declaracion pudiera afectar una forma que la hiciera aceptable. Mas por su modo de expresion recuerda y parece adoptar la estrecha y literal interpretacion biblica que prevaleció antiguamente, lo mismo entre los Santos Padres que entre los Reformadores, pero que ahora presumo se encuentra generalmente abandonada. Imagino que el clero mismo se alegraría de sustituir á esta declaracion las palabras que deben pronunciarse en la Ordenacion de Presbíteros, donde el ordenando declara «que se halla persuadido de que las Sagradas Escrituras contienen la doctrina necesaria para la salvacion eterna por medio de la fe en Jesucristo.» Estas palabras no ofrecen obstáculo, y no creo que exista otra dificultad para la Ordenacion de presbíteros ó de diáconos. La declaracion de asentimiento general á los artículos es otro punto, y es posible que en el estado actual de los espíritus no fuera fácil libertarse de ella.

La última nota de Butler en su libro-memorandum es una peticion para que se le desembarace de «la escrupulosidad.» Está perfectamente en su derecho. La religion es una materia en que la escrupulosidad se ha llevado demasiado lejos, produciendo las más graves perturbaciones, y donde en realidad no tiene razon de ser. Aquellos que han declarado su asentimiento á los Artículos hace largo tiempo y que se encuentran ligados al ministerio de la Iglesia, harían mal, segun mi entender, en inquietarse por haber prestado este asentimiento cuando las cosas no habian llegado al punto en que hoy se encuentran y no eran lo que los hombres

hoy juzgan que son. «Olvidar las cosas que quedan atrás y esforzarse en conseguir lo que está delante,» tal debe ser en este caso la divisa del hombre. La Iglesia es propiamente una sociedad nacional para el fomento del bien; esto debe ser para él, y en este concepto debe ser su ministro. Para nada tiene que hacer uso de los Artículos, ni repetirlos. Lo que tiene que repetir son las oraciones y ceremonias de la Iglesia. Muchas de estas puede repetir las en un sentido literal como prestando belleza á lo que él siente y cree. El resto puede repetirlo como un lenguaje empleado por otros hombres en otros tiempos sobre objetos que han levantado y conmovido sus afectos, y que hoy levantan y conmueven los nuestros tambien; objetos sobre los que no es posible mayor precision. Para él, segun esto, esta parte aproximada de las oraciones y de las ceremonias serán repetidas como hermosa poesia. Es un grande error el suponer que todo lo que es poesia deja de ser útil para la religion. Las razas más nobles son aquellas que saben hacer un uso serio de la poesia.

Pero los Artículos no son más que prosa. Consisten en una determinada profesion de creencias, formuladas por hombres de nuestro mismo país hace trescientos años, teniendo en cuenta, entre otras cosas, aquella parte de las ceremonias de la Iglesia de las cuales hace poco hablábamos. Los Artículos son y deben ser bajo todos conceptos inadecuados; pero no necesitamos entrar en la cuestion de su inadmisibilidad. Basta observar un punto. Presentan los Credos como ciencia y como una ciencia exacta; y esto no pueden aceptarlo muchos hombres en los tiempos actuales. El que no quiera aceptarlo, no puede consecuentemente tomar órdenes. Pero es fácil que este hombre exagere la altura de la barrera que le separa de la religion popular. No es tan grande como él puede suponer, y en su mano está el juzgarla más ó ménos alta. Esta barrera disminuirá insensiblemente cuanto más se esfuerce él y otros hombres serios en obrar como si no existiese; permanecerá cada vez más enhiesta si ellos obran como si fuese insuperable. La Iglesia de nuestro país debe considerarse como una sociedad nacional cristiana para el fomento del bien.

Para una inteligencia segura y recta, los puntos cardinales de la creencia, lo mismo para el miembro que para el ministro de esta sociedad, son dos: *Salvacion por la virtud*, y *Virtud por Jesucristo*. *Salvacion por la virtud*—este es el resumen del Antiguo Testamento: *Virtud por Jesucristo*—este es el resumen del Nuevo.

Para la religion popular, los puntos cardinales de la fe son mucho más numerosos. Tiene necesidad de añadir muchos otros para aprovechar el beneficio de aquellos dos. Pero estos dos son los capita-

les y á ellos se adhieren todos los demas. Todas las formas del culto de la Iglesia están llenas de una sumision directa á estos dos puntos esenciales de la creencia cristiana: *Salvacion por la virtud, y Virtud por Jesucristo.*

Están llenas además de lo que puede llamarse una sumision indirecta ó aproximada, como lo prueban los esfuerzos del espíritu humano en su gradual desarrollo para desenvolverlos, para fundarlos y fijarlos, para hacerlos más claros, para acercarlos más, añadiéndoles el milagro y la metafísica. Este es el contenido poético. Los Artículos pretenden que la poesía es una verdad literal. Pero los Artículos ya no se consideran como un elemento real del Libro de Oraciones, lo mismo que la version métrica de los Salmos de Brandy y Tate, que felizmente ha sido rechazada. Y aún cuando los Artículos permanezcan en el Libro de Oraciones, un seglar puede utilizarlo como si ellos y sus definiciones no existieran. Para ser ordenado, sin embargo, es preciso adherirse á estas definiciones. ¿Pero un seglar, porque es libre, y un clérigo si lo fuera, querrán abandonar el uso de todas aquellas partes del Libro de Oraciones que se consideran como consignaciones indirectas de las dos verdades primordiales y como contenido poético? ¿Es preciso que algun dia, cuando nuestra experiencia se dilate y prevalezca este punto de vista, se eliminen de nuestro culto público? Esta es una de las cuestiones más importantes.

Porque aunque los Comtistas, por boca de su orador más elocuente, nos dicen que «sólo la pedantería de secta puede exigir el monopolio de lo que es precioso vinculo de una raza,» las ideas y el poder de la religion; y proponen rehacer la religion con nuevos é improvisados personajes, ritos y ceremonias, no es ménos cierto que aquí, como en todas partes, el maravilloso poder del hábito nos dice que la influencia de las ideas religiosas no se improvisa, sino que depende estrechamente de los nombres particulares, de las prácticas y de las formas de expresion que las han acompañado desde largo tiempo, y que han llegado á crear en nosotros sentimientos especiales. Yo creo, en verdad, que el elocuente orador de los Comtistas está en un error; que el poder de la religion pertenece exclusivamente á la Biblia y al Cristianismo, y que no es la pedantería de secta la que lo afirma, sino la experiencia. Aunque sucediera como él supone, y el Cristianismo no fuera el mensajero de la virtud, del reinado del espíritu y de la vida eterna, sino que pudieran hallarse en otra parte, la verdad es que todo lo que sabemos de estas cosas lo aprendimos del Cristianismo, y no es posible que exista ya para nosotros otro maestro. Las costumbres y las sociedades no se forman en un dia. Aun cuando el jóven tenga, en concepto de ellos, tiempo bastante para

aprender á combinar la religion con los nuevos personajes y preceptos, el hombre maduro y el viejo no lo tienen, y es necesario evitarles tan gran esfuerzo. *Mane nobiscum, Domine, nam advesperascit.*

Además, una revolucion tan radical que cambie totalmente el carácter y la forma de la religion, no puede ménos de trastornar otra porcion de cosas y producir la confusion; y cuando se verifica, la sociedad y la civilizacion donde tiene lugar se altera y se perturba hondamente. Esto es lo que hubo de acontecer cuando el cristianismo sustituyó á la antigua religion del mundo pagano. Algunos pueden decir que hay un fondo de ideas comun á todas las religiones, ó por lo ménos á todas las religiones de las razas superiores y civilizadas, y que las personas y los preceptos, la forma y el carácter de cualquier religion pueden cambiarse por los de otra, ó por los de una nueva religion levantada por un ilustrado eclecticismo, y que en el mundo pueden verificarse estos cambios sin grandes perturbaciones. Esto fué lo que pensaron algunos filósofos cuando el paganismo desaparecía y el cristianismo se iba introduciendo en los pueblos. Mas estaban en un error. Toda la civilizacion del mundo romano se derruía, y era necesario que los hombres comenzasen de nuevo su obra. Tan inmenso es el sentimiento creado por las cosas ligadas á la religion, tan violenta es la sacudida al desprendernos de ellas, tan incalculable es la turbacion que esto produce. Ahora bien; difícilmente podemos concebir que la civilizacion moderna se desvanezca como la romana, y que los hombres comiencen á trabajar otra vez como en el siglo V. Mas lo improbable de esto lleva consigo lo improbable que es tambien el que veamos desaparecer todas las formas y todo el carácter de la religion cristiana. Una revolucion tan vasta arrastraría sin duda la otra.

MATTEW ARNOLD.

(Trad. de la *Contemporary Review* por A. P. V.)

(Concluirá.)

EL ESCORIAL.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

Con razon se ha dicho que los grandes monumentos son la huella imperecedera y el retrato fiel de los grandes acontecimientos cumplidos en una edad determinada, ó en un periodo histórico concreto; y sabido es de todos cómo el Escorial figura entre los más notables que modernamente han venido á ilustrar la vida de nuestras pasadas grandezas nacionales.

Sin embargo, para interrogar á la piedra y al mármol necesitase en cierto modo alguna inteligencia

preconcebida de lo que han sido los tiempos, las edades y los siglos en que aquellos mudos gigantes de piedra se elevaron, para dejar grabada la impresion de su paso, y ésta es precisamente la cuestion capital del presente artículo.

El monumento que nos da luz sobre los hechos ilustra sin duda; pero ilustra aclarando, precisando, fijando la individualidad y el carácter singularísimo de los tiempos en que fué construido: nos da la erudicion, nos hace conocedores del detalle que ha sido, de la particularidad que motivó su edificacion, de los materiales que se emplearon, de la estadística de su piedra, de los tesosos que se gastaron, del estado del arte, de los nombres propios que figuraron en la obra; en una palabra, de lo externo, de lo superficial, de lo que aparece; todo esto nos es ya muy conocido respecto al Escorial, pero esta ilustracion, excelente como conocimiento secundario, no es la ilustracion esencial que buscamos: queremos hallar tras de la materia el espíritu, tras de la geometria el alma, tras de la piedra el pensamiento, tras de la distribucion el designio, tras del plano la intencion; y todo esto, en verdad, es lo anterior al edificio, su causa eficiente, su motivo directo, su pensamiento real y positivo.

El Escorial, como todos los monumentos modernos, se adapta maravillosamente á este procedimiento deductivo. En la arquitectura primitiva, en la arquitectura oriental, por ejemplo, el monumento es por sí mismo una revelacion continua, y podemos, elevándonos del monumento á sus orígenes, sondear éstos y penetrar en los mudos enigmas de la vida antigua para descifrarla y averiguarla. Aquí el historiador y el critico caminan por induccion, y se elevan del hecho al principio, de la cosa á la idea, de la materia al espíritu; pero en los monumentos de la Edad moderna, al contrario, el historiador, no necesitando adivinar y conocer la vida por el monumento, puesto que la sabe por otras fuentes, aspira con preferencia á considerar la obra, no ya como fuente histórica precisamente, sino como creacion deducida, como resultado de un plan preconcebido, cuyo sentido interpretado busca en cada una de las partes componentes del edificio, y en cada uno de sus laberintos interiores.

El Escorial ilustra á la historia ciertamente; pero nuestra curiosidad, más exigente é insaciable, tiende por el contrario á iluminar con la luz de la historia misma al monumento, dándonos por el descifre de la intencion, el designio de su plan y de sus proporciones arquitectónicas.

La imagen del monarca que concibiera el pensamiento de erigir el Escorial está tan vivamente petrificada en esa tumba, que lo primero que su vista despierta es la curiosidad de penetrar á fondo en aquel carácter tan sombríamente melancólico y en

aquel siglo tan mal humorado y nebuloso. Por eso este monumento pesado, suntuoso, monótonamente altivo, soberbio, de una solidez asombrosa, severamente dórico, frio, rico hasta el dispendio, y dispuesto para recordar á cada paso en el todo y en los detalles la soberbia suntuosidad del imperio de los Césares austriacos, carece tambien de toda delicadeza estética. Semejante edificio será siempre clásico, hijo de la erudicion arquitectónica de los artistas del Renacimiento; jamás monumento popular de belleza original, de belleza sentida, de belleza inspirada en creencias vivas ó en sentimientos comunes y universales. Lo más que puede tener, y lo que despierta á cada paso, son presentimientos sombríos.

Y en efecto, basta fijarse en la localidad que ocupa y en la orientacion que tiene. Sin dejar de ofrecer cierta belleza pintoresca, el paisaje del sitio donde se halla erigido el Escorial, hace experimentar á primera vista una melancolia indefinible. Aquella localidad es y será siempre solitaria; aquellas montañas tendrán eternamente una cierta aspereza geológica, independientemente de toda idea despertada por el monumento y asociada á la naturaleza circundante. Aquel lugar es un sitio anguloso, un verdadero rincon del mundo. Tiene, repetimos, cierta pintoresca belleza, pero belleza opaca, nebulosa y tranquila, que convida al alma á replegarse suavemente en sí misma, y á concentrar su mirada como para obligarla á que apacigüe sus íntimos tumultos, haciéndolos reflexivos y poniéndose en armonía con aquel horizonte solemnemente triste y silencioso, que hace amar el retiro, despertando el deseo de los goces íntimos velados y secretos de la vida. Y en verdad que si el instinto ó su propio temperamento guiaron al monarca austriaco en la eleccion del sitio, no anduvo ciertamente desacertado, dada la indole del monumento y el espíritu que su piedra ha traducido.

Por lo demas, todo en este monumento es producto frio de una preconcepcion calculada. El arquitecto es un intérprete de deseos ajenos, á los cuales se ajusta con tacto más ó menos feliz, pero en cuyo edificio no pone de su parte más que las leyes matemáticas é inflexibles de la construccion, estudiadas en el modelo académico, digámoslo así, que inspira los primeros tiempos del Renacimiento, es decir, en el artista de los dias de Augusto, en Vitrubio.

Toledo y Herrera se acomodan al pensamiento de Felipe II, y para traducirlo en piedra toman, en efecto, del arquitecto romano lo que éste les enseña del orden dórico, lo que les dice sobre la bóveda semicircular y en cuna y lo que han aprendido sobre la columna toscana (dórica corrompida), y sobre la pilastra y el triglifo. Además, las tradi-

ciones bizantinas, conservadas por el espíritu cristiano, eran y pasaban en su tiempo como un recuerdo en cierto modo clásico del arte griego, y venían á ser para este caso concreto, una necesidad imprescindible del monumento, habiendo éste de contener una tumba en su núcleo y un templo en su fondo, custodiados por un palacio. Al palacio y al templo no podía sentarles mal el dórico romano. Aquella severidad imponente, dura, rígida, inflexible, y aquella belleza austera, expresada en los acentos de la construcción y en las necesidades de la fábrica, parca en los detalles, á la vez que daban al monumento grandeza, se acomodaban no ménos bien á la fisonomía austera, grave é imponente del monarca mismo, y no parecía sino que el dórico corrompido y restaurado por el Renacimiento, habia sido hecho expresamente para retratar la fisonomía de un cesarismo también corrompido y restaurado por Maquiavelo, y por tan aprovechados discípulos como Carlos V y su hijo Felipe, que tanto se complacía en llamar Augusto y César á su padre.

Y ¡cosa notable! Maquiavelo es en la política el ídólatra de Roma, y en esta esfera un escritor del Renacimiento, así como Toledo y Herrera en arquitectura, los intérpretes fieles de las reglas también romanas de Vitrubio, ¿Qué tiene, pues, de extraño que por solidaria relación histórica el arte de Vitrubio se convirtiera en la expresión monumental más propia y adecuada de esa cien veces renacida política romana, tan bien razonada por Maquiavelo, y tan acabadamente practicada en todos sus medios y consecuencias por Carlos V y Felipe II?

Feliz y acertada había sido, pues, la elección de los arquitectos del Escorial en orden á las bases fundamentales del edificio. Todo lo interior de este monumento no es más que una derivación lógica de su Geogenia, digámoslo así. Las interminables bóvedas que lo entrecruzan y aquella inagotable serie de galerías que forman como una red misteriosa, llena de pliegues, de direcciones en todos sentidos, que se interrumpen para encontrarse, y que se continúan para volverse á interrumpir, hacen recordar, sin que tal se propusieran sin duda los arquitectos, pero como resultado de su obra, las tortuosidades, el laberinto, la complejidad y las artificiosas complicaciones é intrigas políticas de su fundador, tan bien llamado por sus contemporáneos el *Demonio de Mediodía*.

Dichas bóvedas y galerías tienen, lo mismo que su política, algo de inesperado, algo de confuso, algo de lo que á primera vista desorienta al espíritu del espectador, que en ocasiones no sabe ni logra aperebirse del punto en que se halla, en medio de aquellas avenidas que se multiplican. La semejanza monótona en lo diverso, campea allí por todas partes; y cada galería es una repetición de las

restantes, con sólo la diferencia que marcan las perspectivas exteriores é interiores del monumento.

Así es también la política de Felipe II: las ambiciones de la casa de Austria tienen al cesarismo por modelo, y sus procedimientos siguen el mismo expedito y tenebroso camino, con más ó ménos ligeros matices en la proyección de su luz ó de sus sombras. Aunque se tuerza el rumbo, y la bóveda cambie de Oriente á Occidente ó de Norte á Sur; aunque sus procedimientos se refieran á Flandes, ó se apliquen á Francia, ó se quieran llevar á Inglaterra, ó penetren en Portugal, estos procedimientos, como el orden de las galerías del Escorial, son siempre los mismos: sus efectos no cambian, y lo más que hacen es rebajarse para oscurecerse, ó estrecharse para más comprimir ú obligar.

Además, en este edificio todo parece hallarse dispuesto para la sorpresa, y el espectador se siente allí como si estuviera secretamente espiado y observado en todas sus acciones. Las apariciones del rey debían ser frecuentes; detrás de un ángulo, en la sombra de una pilastra, entre las jambas de una puerta y velada por la oscuridad de ciertos puntos interiores del edificio, parece que se va á divisar todavía su sombra fátidica, amenazadora en su silencio y terrible en su actitud implacable. Los guías del monasterio jamás se olvidan de indicar al curioso, cuando llega al coro de la iglesia, la puerta secreta por donde generalmente entraba en él y salía Felipe II. El monasterio y el palacio son un verdadero laberinto, y el monarca y el fraile se compenetran, se funden y continúan queriendo confundirse.

Por otra parte, el aislamiento, la soledad, el retiro, ¡qué medios tan propios para conservar el prestigio y para imprimir á sus actos un sello misterioso de superioridad, de imposición sobre todo aquello que pudiera como émulo ofender sus pretensiones y su vanidad! Plagiario de la política de su padre, y fatalmente condenado á fingir su genio, pero sin tener más que una astucia recelosa, erigiendo la sospecha en sistema y la desconfianza en arte de gobierno, Felipe II era el buho con pretensiones de águila, y todo el secreto de sus acciones consistía en recargar de sombras su persona y sus intenciones; hacer impenetrable su vida, ocultando de este modo su debilidad, y cuidar con exquisito esmero de dar á la mezquindad de sus miras políticas, la apariencia de una necesidad de Estado. Estas eran, en el fondo, las lecciones prácticas que de su padre había recibido; y si bien éste, con originalidad de pensamiento y con la grandeza de los medios que el siglo y su poder le depararan, supo consumir al cabo la obra del regalismo triunfante sobre el ultramontanismo rebelde, no era ménos exigida á la vanidad del hijo de Carlos V, la necesi-

dad de parodiar al ménos esta política, reduciéndola á las proporciones mezquinas de un continuador al pormenor, haciendo de la lucha caballerosamente sostenida por el emperador, el motivo perenne de una intolerancia implacable, y la razon de una tiranía tan insensata como despiadada.

Preciso era en lo tanto, que el Escorial fuese, no sólo su casa y su morada habitual, sino tambien su verdadero teatro de operaciones. Desde aquel apartado rincón se había de sujetar al mundo, y era indispensable que este nicho tuviera todas las condiciones adecuadas.

De otro lado, el indeciso y en cierto modo contradictorio y tenebroso estado de los espíritus en el siglo XVI, se halla reflejado en el Escorial de una manera tan palmaria como ostensible. Mezcla de dos tendencias ya formuladas y caracterizadas, el siglo XVI es su contraposición en lucha permanente sin tregua ni descanso. El siglo XVI no es ya la Edad Media, y quiere conservar la Edad Media; no es el mundo moderno, y ofrece, sin embargo, las notas más salientes del mundo moderno, aún pretendiendo disimularlas. Tiene de la Edad Media la corteza religiosa y las apariencias del idealismo cristiano; y del mundo moderno sus caracteres positivistas, su cristianismo sensualista, y ese contingente necesario de materialismo refinado y culto que acompaña al Renacimiento como admirador idólatra de las formas plásticas del arte antiguo, convirtiendo á Emperadores y Papas en acérrimos partidarios del sensualismo pagano, y reverdeciendo constantemente en unos y otros, sus conatos reaccionarios de implantar de nuevo en el mundo la política absorbente de los Césares, como contrapeso del invasor individualismo de la Reforma.

Por eso, á través de la superficie austera y ficticiamente piadosa que nos presenta su fisonomía social, se descubre en el fondo de aquel siglo la propensión individual secreta, á buscar en los esplendores mundanos y en los sibaritisismos de una voluptuosidad disimulada y culta, pero real y avasalladora, el supremo fin y los designios íntimos de todas las conciencias perturbadas, y ya profundamente corrompidas de aquella centuria. Devoto y apasionado, místico y libertino, tan lleno de teología como de lujuria, el siglo XVI es un infierno velado, y todos sus hombres, y todas sus cosas, y todos sus acontecimientos, así ruidosos como pequeños, lo revelan y lo denuncian á cada paso. El Escorial es evidentemente un monasterio; es decir, presenta la faz que todas las cosas ostentaban por fuera en el siglo XVI; tiene su tristeza, su melancolía, su seriedad, su aspecto devoto, su cara mística, pero es por dentro todo lo que era tambien aquel siglo equivoco; y el monasterio se viene á disolver en un palacio con todas sus fastuosidades,

y se trasforma en un centro de acción con todos los estímulos positivos que podían excitar los humanos delirios del poder. Allí la aglomeración de todas las riquezas, el arsenal de todo lo mundano que ofrecer pudiera el arte rejuvenecido para enaltecimiento del poderoso, y el sitio lujosamente misterioso donde debían quedar sepultados todos los pensamientos y todos los actos lóbregos, necesitados del secreto como uno de sus disimulos y de sus encantos más profundos; es decir, en el fondo la ambición, la codicia, la vanidad, el refinamiento, la voluptuosidad, la soberbia con hábitos talaes: hé ahí el siglo XVI, hé ahí Felipe II, hé ahí el Escorial.

Pero por encima de estos detalles, hay sin embargo algo más grave que sobrenada y como que domina en aquel monumento sombríamente majestuoso; y es que la construcción obedece secretamente, y como por una idea y un presentimiento de decadencia, á la conservación y embalsamamiento de algo que se sentía ya inerte en el fondo, y sin alma ni vida verdadera. El Escorial no es meramente el sepulcro de los reyes; es algo más que eso; es el Panteón que la monarquía misma se erige como por instinto, ante la adivinación y la sospecha ya entonces terrible de su posible muerte. Las instituciones en su aurora y en su esplendor verdaderos, no levantan monumentos de esta especie; mejor dicho, no se ocupan de perpetuar su memoria, porque tienen delante de sí todo un horizonte de hazañas, de glorias, de acontecimientos, de vida fecunda y vigorosa; sólo cuando han entrado en su ocaso, cuando ya tocan al invierno de su existencia, es cuando recuerdan su pasado, y cuando lo invocan y quieren eternizarlo para eternizar su prestigio ya menoscabado. La muerte es entonces su pensamiento tenaz y lúgubre, el que los persigue sin tregua, y al que en realidad consagran su existencia, como si quisieran sobrevivirle, y como para escapar en lo posible á sus garras inexorables.

Todas las grandezas externas, la ambición, el imperio, la dominación absoluta, el poder supremo, todo eso que tanto seduce, que tanto fascina á los espíritus hinchados y enfermizos, se halla profundamente amargado con ese recuerdo fatal, que extiende por el alma averiada como una nube de tristeza eterna. Quizá todo el secreto de aquella impasibilidad aparente de Felipe II, de aquella palidez inalterable, de aquella frialdad de su corazón, de aquellos rugidos interiores y de aquella crueldad sistemática, implacable, marmórea, no está en otra cosa que en el recuerdo jamás amortiguado de esa muerte fatal, ligada á su fanatismo de poder, y sin embargo del cual es imposible evitar que la horrible guadaña corte lo mismo la vida del poderoso que del humilde, del rico que del pobre.

Y más todavía que presentimiento de institución en decadencia, pudo ser además en Felipe II recuerdo íntimo, personal y egoísta que atenaceara su alma, engendrándole un gusto perpetuamente amargo, lleno de visiones sombrías, oscuro, aterrador, formidable. Este pensamiento, sentidamente excitado por el conjunto de las condiciones históricas que le rodearon, por el estado de la institución que representaba, por el temperamento de su siglo, por la índole misma especial de su política, por el curso natural de los sucesos de que fué actor, árbitro y testigo, por el sesgo y el resultado verdaderamente fracasado de sus designios, de sus intereses y quizá de sus miras de monarquía universal, siempre locas y siempre imposibles en la historia, por los accidentes que la ocasión del momento vinieran á depararle; este pensamiento, repetimos, tomó cuerpo y se tradujo en hecho, convirtiéndose en el monumento pesado, monótono, frío, rígido y severo de que nos ocupamos.

Por eso el Escorial es un edificio de todo punto impopular, y como extrañamente repulsivo. Se entra en él con temor, y parece como que toda alegría se apaga al divisar sus líneas austeras, y al pisar aquellos umbrales de la muerte. La Monarquía, al erigir por designio de Felipe II aquel edificio, parece como que no se ha propuesto otra cosa que estar siempre de cuerpo presente, y ya que sentía escapársele la vida, perpetuar al ménos su recuerdo no pudiendo perpetuar su existencia. Y en efecto, todas las galas, todas las suntuosidades, todas las ostentaciones de la vanidad han sido allí acaparadas para ocultar ó disimular en lo posible la descomposición que se anunciaba. Pero estas galas, estos atavíos, estos lujos mismos, tienen la frialdad de la muerte; están impregnados de una tristeza eterna. En medio de lo soberbio de aquel monumento, hay una como expresión de impotencia que se revela en todos los detalles; y el pensamiento de la nulidad, y la insignificancia de todas las grandezas humanas, y el despecho sentido ante la fatalidad inexorable de un destino que no puede revocarse, están allí animados con cierta desesperación en medio del dispendio, y con cierto terror en medio de su pompa.

Por otra parte, la soledad de aquel poder, su aislamiento, el presentimiento de que su misión iba agotándose, la secreta convicción de que sólo rodeándose de silencio imponente, de nubes, de sombras, de misterio, podría conservarse y disimular sus miserias, está visible, patente, manifiesta, en el designio motor de la construcción del Escorial y en las condiciones expresas del monumento mismo. Allí están reunidas todas las grandezas del siglo; no hay tesoro que se eche de ménos; la arquitectura, la escultura, la pintura han puesto á sus órdenes sus

más acabadas inspiraciones; todo está al servicio de la institución y del monarca; y, sin embargo, en medio de ese gigantesco poder aparente, que quiere fascinar con una mentira de suntuosidad y de grandeza interior que ya no posee, hay tal vez el hondo presentimiento de que todo se va escapando de las manos, y de que sólo se tiene como íntimo, como propio, como ya ingénito, como inseparable, lo que acaso se quisiera borrar de la conciencia; es decir, la secreta y dolorosa idea de que algo superior á las fuerzas humanas, y algo que rebasa aún las previsiones mejor calculadas de los hombres, habrá de interponerse necesariamente, para abatir la soberbia de lo que pretende endiosarse, y el orgullo de lo que insensatamente ha soñado con monstruosas y nefandas idolatrías. ¿No podía despertar este pensamiento el devorador incendio que se había prendido en Alemania, y que ningunas trazas llevaba de extinguirse á pesar de los inauditos esfuerzos empleados?

Ahora bien, ¿comprendieron esto los arquitectos del Escorial? ¿Pudieron sospechar los pensamientos vagos, indefinidos y tumultuosos del rey austriaco? ¿Penetraron sus designios y las preocupaciones del hombre, para traducir tan fielmente en su obra grandiosa todas estas complejas necesidades del monarca? No es probable. Toledo y Herrera eran arquitectos ilustres, pero sólo arquitectos; y ningún indicio existe que pueda hacernos sospechar que en ellos se diera una superioridad de sentido, incompatible no sólo con su cultura, sino, lo que es más todavía, con la cultura general de su siglo y de su tiempo. Para ellos, como para la generalidad de sus contemporáneos, Felipe II era un enigma, un rey temible y un hombre equívoco, mezcla de fría devoción y de implacable severidad; pero por encima de esto, nada vieron quizá. El mismo temperamento sombrío del rey no podía extrañarles, ni podía ser para ellos extraordinario, lo que tan en armonía estaba; después de todo, con el espíritu del siglo en que unos y otros obraban y vivían.

Para causar asombro la lobreguez del siglo XVI, es preciso contemplarla desde el aspecto bullicioso y activo del siglo XIX. ¿Cómo, pues, tuvieron el incomparable acierto de retratar en el Escorial la fisonomía inexorablemente melancólica de Felipe II, y de imprimirle el sello personal de su carácter, de su espíritu, de sus ambiciones, de sus designios? Ya lo hemos dicho: Toledo y Herrera no son más que arquitectos; pero por una de esas felices disposiciones muy comunes en la historia, dada la supremacía providencial que la rige, la arquitectura, expresión del Renacimiento en el siglo XVI, viene revelándose en el mismo tono y bajo las mismas formas, y bebiendo en las mismas fuentes que la política reinante. El cesarismo de Carlos V, eterno

gibelino, reproduce, queriendo continuarla en aquel siglo, la política de los emperadores romanos, altamente preconizada y reverdecida por Maquiavelo, del mismo modo que las corrientes artísticas, reverdecido con Vignola el gusto por la arquitectura clásica, encaminan los espíritus hácia la reproducción del clasicismo grecoromano. Vitrubio para Augusto, Herrera para Felipe II.

Así, aquella perfecta armonía que existe entre el Escorial y Felipe II, entre el monumento y el carácter, entre los detalles interiores y la vida y la política reinante, es una armonía superior á la prevision de los unos y de los otros, para quienes los materiales son ofrecidos por el siglo, por el contingente de la historia, por el estado de la civilización en todas sus corrientes, y por el secreto engranaje y disposición de las cosas. El mérito personal de los arquitectos del Escorial está en la bizarría de su ejecución, no en el sentido de su prevision.

Y en este punto, la obra de Toledo y de Herrera es una obra maestra, una obra inmortal. Sus largas é interminables fachadas, expresion severa de esa línea recta tan adecuada para denunciarnos la duración y la perpetuidad, tienen algo de hierático, de imponente, de rígido, que nos revela desde luego el fondo teológico que sirve de base y como de cimiento á la idea y al fin de su construcción y de su fábrica, comenzando desde entonces á caminar de acuerdo espontáneo el arquitecto y el político, y trazando el primero en la piedra, el pensamiento autoritario del segundo. El político daba sin duda su dictámen al arquitecto; pero el acuerdo de ambos nacía del espíritu del siglo que los influía y los inspiraba de una manera paralela, isócrona, sincrética, digámoslo así, semejante en la diversidad, idéntica en la distinta peculiaridad de cada uno.

Las ocho severas torres intercaladas en el edificio con cierta caprichosa simetría, cubiertas de esa pizarra negra que hace más y más tétrico el conjunto, y dominadas en su base y en su altura por la inmensa cúpula, por ese cimborio cuya osadía de construcción tan justa celebridad ha adquirido, parecen como simbolizar y revelar al espíritu del crítico, la supremacía decisiva del Trono y de la Iglesia sobre el feudalismo, ya en la época de Felipe II consumada é inapelable, y que de tan buen grado podía halagar la soberbia y el envanecimiento del déspota, recordando á la monarquía el poderío y las victorias de mejores tiempos.

Pero sobre todo, la iglesia es la que se nos presenta en este monumento con más maestría, y como resaltando y destacándose en el fondo del edificio. Y es que hay en esta misma disposición un cierto designio entre velado é hipócrita, inspirado sin duda hábilmente al arquitecto por el político suspicaz y

receloso. La iglesia está atendida, considerada, enaltecida; pero se halla como enclávada en el palacio, como por él cercada, y pudiera decirse que sitiada por la monarquía. El regalismo triunfante no puede aquí contenerse, y se desborda en la piedra dejándose adivinar solapadamente. Hasta en el patio de los Reyes, que es por su propio aspecto el único pensamiento capital y explícito de este edificio, se denuncia y se pone acentuadamente de manifiesto. Las colosales y pesadas estatuas de los monarcas bíblicos, obra de Monegro, adornando la fachada de la iglesia y destacándose á su frente, aparecen como sus eternos custodios, y como su única defensa potente, disimulando así, sin dejar de hacerlo constar, ese pretendido derecho divino de la monarquía basado en la Iglesia, y como en ella respaldado y guarecido; simbolo verdaderamente dogmático, pero velado en lo posible, de la conciencia plena que ya entonces tenía la institución, del único secreto de su poder, y del único misterio de su prestigio.

Este reconocimiento y esta solidaridad necesaria y fatal de la Iglesia y del trono, hacen sin duda que la monarquía quiera envolverse en el manto de la religión para escudarse, pero sin oscurecer su personalidad, y ántes al contrario, haciendo resaltar y prevalecer el cetro. La Iglesia está allí como vigilada por el trono; mas, sin embargo, éste le guarda todas las apariencias de la atención y del respeto; el monarca gusta de convertirse en monje, pero sin abdicar la corona; y el palacio, combinación de monasterio y corte, es el centinela avanzado y el vigía constante de la Iglesia. Piedad equívoca la de Felipe II, siempre soberbio con el Vaticano y siempre altivo con el Papa, no cabe definirla sino á través de las miras políticas é interesadas de este regalista avaro é implacable; y por eso el Escorial, arquitectura de su pensamiento y hechura de su fisonomía, envuelve también en sus pliegues de piedra, la misma ambigüedad, igual reserva, el mismo aspecto hipócrita.

Pero todo esto, su conjunto y sus partes, el todo y sus detalles, pensamiento personal, religioso, social y político de un hombre y de un siglo, ya más alejado de nosotros de lo que á primera vista parece, es para nuestro siglo y para nuestros días una mera curiosidad histórica. Aquellos esfuerzos titánicos que el Escorial revela en su construcción, para eternizar un designio fundamental de vida que se creía imperecedero, han sido completamente estériles, y no nos queda de ello otra cosa que el casco magnífico y soberbio de tanta laboriosidad, de tanto orgullo, de tanta soberbia.

Solitario y aislado, el Escorial no es hoy más que una suntuosa mole de piedra, visitada por viajeros curiosos, y por extranjeros ávidos de conocer los

lugares que en otro tiempo causaron ruido, y fueron escenario de lúgubres empresas. La vida moderna con sus negocios, con sus tendencias, con sus aspiraciones, bien diferentes por cierto de lo que el Escorial representa, pasa indiferente al pié de aquella suntuosa morada, y la impresion que su vista nos causa, aunque profunda, es pasajera y fugitiva. Arrastrados por la locomotora, poder algo más eterno y eficaz que los hinchados pensamientos de una dinastía y de un hombre, avanzamos hácia el Escorial para contemplarlo como una vision histórica y solemne, y lo dejamos atrás envuelto entre la bruma del horizonte y del pasado, y como cargado con sus recuerdos, con sus fantasmas y con las fatídicas y misteriosas sombras de la muerte que en su seno encierra.

No quiere esto decir que no respetemos el Escorial, ni que dejemos de admirar las suntuosas magnificencias que representa y contiene; pero un secreto sentimiento repulsivo, difícil de definir, aunque manifiesto y notorio, nos patentiza que jamás confundimos lo que es obra de una aspiracion comun ó de una creencia universal, con lo que es producto de un designio puramente personal y egoista, ó resultado exclusivo de un cálculo artificial y quimérico de engrandecimiento y poderío.

Y con efecto; el Escorial no es más que Felipe II, la casa de Austria, la faz tenebrosa y sombría del siglo XVI, el poder autocrático y la teocracia que han quedado allí abrazados y petrificados. Inútil es pedirle que revele ya otra cosa á nuestros sentimientos actuales. «El mundo, ha dicho un ilustre escritor, deja caer lo que no es más que egoismo;» y por eso nadie se acuerda ya de los sueños políticos del siglo XVI, ni de las vanidades que el fundador del Escorial pretendiera en él eternizar. Necesario es hallarse á la vista de este monumento tétrico y brumoso para levantar, aunque con frialdad notoria y por mera curiosidad histórica, la capa de olvido que el tiempo viene extendiendo sobre todas aquellas cosas, ideas, instituciones y personas desabridas, mal humoradas y hurañas, cuyo gesto hacía entónces temblar al mundo, y que hoy apenas si logran momentáneamente y de un modo siempre severo y casi desdeñoso, atraer la atencion del ojo escudriñador y crítico de nuestro siglo.

M. CALAVIA.

Noviembre 18 de 1876.

EL ALCALDE DE OTÍVAR.

IV. *

Aquella fué la última hazaña del Alcalde de Otívar en el año de 1810.

El día 31 de Diciembre se trasladó á Frigiliana en busca de su hijo, y el 11 de Febrero del año siguiente se embarcaba con él en la playa de Torrox con rumbo á Cádiz. Para que no hallase paz ni descanso áun léjos de los campos de batalla, el falucho inglés que lo trasportaba naufragó en la Frangirola, ya cerca del Estrecho, teniendo que salvarse á nado con su hijo agarrado al cuello.

Pero, ¿qué iba á buscar en Cádiz?

Él mismo lo dice en el diario de sus operaciones, y será bueno trasladar á este escrito los razonamientos que aduce, porque ellos han de presentar su personalidad bajo otro punto de vista diferente, tan honroso como el militar, y han de movernos á no pocas é interesantes consideraciones.

«Hasta esta época, escribe, ninguna autorizacion ni socorro solicité del Gobierno ni di noticia de mis hechos y acciones, pues únicamente fué todo á impulsos de verdadero patriotismo, fatigándome con singular desvelo en mover los espíritus en favor de la justa causa y exterminio del enemigo comun, incomodándole y escarmentándole con el auxilio de la gente con que iba aumentando mi partida armándola con las que les tomaba alimentando y vistiéndola de lo que encontraba en los mismos depósitos que dejaban en los pueblos de donde los iba sacando, sin detrimento ni el menor dispendio de los Reales intereses, y ménos perjuicio de los buenos españoles á quien en todo caso favorecía; pero conociendo los perjuicios que me había ocasionado y que no teniendo una Graduacion que me caracterizase y una autorizacion para el mando, habia notado escasa subordinacion, que uno y otro me frustró varias veces mayores servicios que victorias, resolví hacerlo presente á la Regencia por medio de representacion que presenté en 19 de Marzo de 1811, y como no creí conforme á mi solicitud lo decretado, reiteré otra en 21 de Abril del mismo de cuyas resultas se me dió en el 22 el despacho de Coronel interino hasta nueva orden, poniéndome á las órdenes del General en jefe del ejército de Levante, el Excmo. Sr. D. Manuel Frayle. (Freire.)»

Una de las cualidades que más resalta en el Alcalde de Otívar es, sin disputa, la de su carácter, comparable tan sólo en resultados para su accion militar con la prevision que se la aconsejaba, si ya no era efecto de una índole humana y generosa.

* Véase el número anterior, pág. 678.

Todas las declaraciones prestadas por los pueblos de la comarca despues de la guerra, se hallan contestes en eso. No hay una de las 42 estampadas en el que pudiéramos llamar apéndice del diario de operaciones á que nos vamos refiriendo, que no se extienda en el elogio del héroe alpujarreño bajo ese punto de vista, como bajo el de tantos otros como puede ser considerado, para honra suya y gloria de su tierra natal.

Si no fuera alargar este escrito demasiado, copiaríamos varias de esas declaraciones. Lo haremos, sin embargo, de dos de ellas, de las que dieron los pueblos de Frigiliana y de Arenas del Rey, elegidas sin exámen, porque todas ellas están en el mismo sentido y con frases á cual más satisfactorias para el Alcalde.

La de Frigiliana dice: «Que en cuanto á su política debe informar este Ayuntamiento que en las repetidas veces que ocupó (el Fernandez) esta villa buscando siempre al enemigo, la una fué con comisión expresa del Excmo. Sr. Conde del Montijo para perseguir á los partidarios José Segovia, Francisco de Paula Muñoz, conocido por el alcalde de Cutar, y otros por las atrocidades y exacciones que cometían en los pueblos que transitaban sin que jamás hubiese servido de modelo y exemplo la brillante conducta, buen modo y manejo de quien habla este Ayuntamiento, quien en las ocasiones que necesitó de algun auxilio para los individuos en esta Villa, alpargates, etc., siempre fué aprontando su importe que admitia este Vecindario respecto la moderacion, buen modo y consideracion con que á todos tratava siendo el mas expresivo con los Sacerdotes, el mas humilde con las Autoridades, el mas cariñoso con los Vecinos, el más medido en sus pedidos, como verivico esta Villa hoirle varias veces, invocar para pedirlos por el amor de Dios, cuyas circunstancias le hicieron digno de todo aprecio de este Vecindario...»

El de Arenas del Rey está tambien muy expresivo. Dice entre otras cosas: «Que la primera vez que se presentó y pisó este suelo el D. Juan Fernandez teníamos una orden del Comandante Frances muy estrecha sobre que no admitiéramos ni diésemos nada á partida alguna española. Y por no estar el Caridad en esta villa se nos seguía un perjuicio grande y habiéndole suplicado se retirase fuera de los muros de este Pueblo lo executó aunque con bastante disgusto suyo porque queria derramar su sangre en defensa de la Patria: á la segunda vez que se presentó por noticias que tubo que en este Pueblo residía una partida que se nombraba de Pedro Conchar que eran unos hombres de mal vivir muy robadores que nos tenían muy asustados ynmediatamente que llegó, fué prendió á tres de los más malos y el Pedro Conchar se le fugó y quedamos

descansando de aquella mala gente que nos atormentaba y no consintió alojamiento ni molestar á ningun Vecino por muchos ruegos que le hicieron pues hasta el mismo Cura le convidó y no fué, y si se retiró á la posada donde permaneció aquella noche hasta por la mañana que hizo su retirada sin pedirnos nada más de un poco de pan y vino para su tropa.»

Esto da indudablemente autoridad á nuestra opinion de que el apodo de *Caridad* le fuera puesto al alcalde de Olivar por la mucha que usaba para con sus compatriotas, cual una cita tan importante como curiosa va á dárnosla en cuanto tambien hemos dicho respecto á la generosidad y la galanteria de que hacia gala con enemigos inermes y las personas inofensivas del séquito de los generales franceses.

Por más que hayamos en ocasiones de turbar el orden cronológico de los sucesos, tenemos, para formar los cuadros que nos hemos propuesto en el presente trabajo, que reunir los datos de una misma indole esparcidos en distintas obras, aún refiriéndose á épocas diferentes. La unidad está en el personaje, cuyos altos hechos y carácter recordamos.

El distinguido historiador Schépeler, el extranjero más imparcial que hemos encontrado para el estudio de la guerra de la Independencia, cuyos sucesos conocía, de otra parte, por haber combatido en las filas de la Legion Real alemana al servicio del ejército inglés en aquella memorable lucha, describe así uno de los hechos más notables de nuestro célebre guerrillero: «El alcalde, sobre todo, se hizo temible al enemigo y dió á Sebastiani, que hacia ejecutar á tantos y tan bravos oficiales y patriotas, un ejemplo de la magnanimidad con que cristianos y moros se hacían la guerra en la Edad Media. Dirigiase á Granada la mujer de un general (que los españoles dicen que era la de Sebastiani, á pesar de haber muerto la legítima suya), acompañada por 150 soldados de caballería. *Caridad* atacó la escolta con 120 guerrilleros, mató 30 franceses, hizo prisioneros 20 y dispersó el resto. Conduce despues galantemente la dama á su casa, donde la recibe con la hospitalidad morisca; y cuando Sebastiani pregunta, por medio de un trompeta, el precio del rescate, le devuelve sin él la dama con sus criadas, sus baules intactos y en el mismo coche, escoltado entónces por españoles. Excusóse en una carta de haber retenido la dama que, aterrada por el combate, había tenido, por el pronto, necesidad de reponerse, y añadió que él no hostilizaba ni hacia prisioneros más que á los franceses, no á las mujeres... Sin embargo, aquel alcalde era un español, un turco del Oeste.»

¿Es verdadera ó no esta anécdota?

El Alcalde no la recuerda en su diario, lo cual no

abona la certeza de un suceso que no se concibe olvidara quien con tantos detalles cuenta su vida en aquellas azarosas circunstancias. Pero de un modo ú otro, la de publicarlo un historiador tan bien enterado por lo general y tan concienzudo, da muestra del concepto de generosidad y gallardía de que disfrutaba el Alcalde de Otívar.

Por la misma causa que él, y valiéndose de medios semejantes, peleaban en las montañas próximas á Granada Juan Guerra, Carrasco, el teniente coronel Calvache y otros de los que alguno va ya nombrado en este escrito; Moreno, Urive y algun otro combatieron en la Sierra de Cazorla á las órdenes del tambien teniente coronel Bielsa, comandante general de las guerrillas de Jaen; y cuando llamado á Cádiz el general Blake, que había impulsado el alzamiento de las partidas, fué sustituido por Freire en el mando del tercer ejército acantonado en Murcia, todo el país y los colindantes de Andalucía se cubrieron de guerrilleros. Ninguno alcanzó, sin embargo, ni allí ni en la serranía de Ronda la fama de tan cortés y generoso en ocasiones, como duro y bárbaramente cruel en otras, que obtuvo D. Juan Fernandez, tan odiado, por lo mismo, como temido de los franceses en las Alpujaras.

No eran ésas condiciones que reuniese sólo el Alcalde de Otívar, que tambien adornaban á otros guerrilleros célebres de la guerra de la Independencia. Los que se distinguían por lo valientes y hábiles en los combates, solían ser tambien los que más se pagaban de magnánimos y generosos, cualidad por lo regular inherente en los hombres á la de la conciencia de su fuerza. Y Mina, Longa, el Empecinado, Sanchez y otros que sería prolijo enumerar, blasonaban tanto de su índole caballeresca, áun nacidos en las últimas gradas de la sociedad, como de su intransigencia patriótica y de su tenacidad y valentía.

Habiendo sorprendido Mina, por Abril de 1812, un convoy en que volvían á Francia la señora y cinco hijos de M. Deslandes, los hizo restituir á su familia; escribiendo con este motivo al Gobierno: «Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi division todos los sentimientos de compasion y cariño que dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna y suerte tan desventurada... Los niños, por su candor, tienen en mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amolda el corazon guerrero de Cruchaga.»

Podríamos aún citar rasgos de esa índole no poco comunes en nuestros guerrilleros y soldados, si no nos lo vedasen la ocasion, el sitio y cien otras consideraciones que, de seguro, apreciarán nuestros lectores. Hemos querido tan sólo demostrar que si la version de Schépeler no fuese completamente

exacta, sería verosímil, y revelaría, de todos modos, el concepto que la opinion pública concedía al Alcalde de Otívar.

¡A ese hombre, sin embargo, y á los que como él defendieron en la guerra de la Independencia los fueros que ella representaba de libertad nacional, religion, monarquía y tantos otros sentimientos que se veían ofendidos por los invasores y su ambicioso jefe, se les abrumaba con epítetos á cual más injuriosos y denigrantes!

V.

Con el carácter ya de coronel, el Alcalde de Otívar se hallaba en Junio de 1811 combatiendo otra vez á los franceses. Su nueva posicion le obligaba á someter las operaciones que emprendiese á la aprobacion de los generales encargados del mando en el distrito, y hasta á incorporar su tropa á las que aquellos rigiesen. Acababa, pues, de llegar al santuario, ya citado, de Bojjar, cuando recibió órdenes para ponerse á las del general conde del Montijo, destinado á operar una diversion amenazadora sobre el territorio de Granada.

Atacado vivamente por los franceses, divididos en varias y fuertes columnas, hubo de retirarse el 9 de Junio de la Venta del Fraile; pero el 22 se batía con fortuna en el lugar de Pinos del Valle, á la vista del conde, su jefe, que presenciaba la accion desde el puente de Tablate.

Los meses siguientes de Julio y Agosto trascurrieron en un combate puede decirse que continuo, siendo raro el dia en que no se verificase un choque entre sus fuerzas, que pocas veces pasaban de unos 400 hombres, y las que acumulaban los franceses temerosos de un ataque formal á los muros de Granada.

El general Freire se mantenía en los caminos de Murcia, campado en la Venta del Baul, con gruesos destacamentos sobre su derecha é izquierda, hácia Baeza y Almería. No tiene, pues, de extraño que el mariscal Soult temiese por Granada ó, cuando ménos, por las comunicaciones de esta capital con la costa de Levante, amenazada sin cesar por las guerrillas y destinada á recibir las tropas que la Regencia creyó deber enviar con el general Blake para la defensa del reino de Valencia, que veía invadido por el mariscal Suchet.

Hasta el Suspiro del Moro había llegado Montijo, causando en Granada tal consternacion, que se hizo fortificar seriamente la Alhambra, temerosos los franceses de un ataque inmediato, y áun pensando en abandonar la ciudad por considerarse sin fuerza para defenderla.

No tenía mucha, con efecto, el cuarto ejército, por las bajas que le producían sus infructuosas diversiones hácia Baza y Ubeda, donde Freire y Cua-

dra las supieron tan rudamente escarmentar. No cesaba, pues, Sebastiani de pedir refuerzos, sin que lograrse, empero, verlos sino cuando la concusión física que le devoraba y sus piques y rencillas con el mariscal Soult le obligaron á abandonar la España.

Soult en persona acudió á Granada con fuerzas numerosas, y entónces tuvieron lugar la desgraciada acción de Zújar y la retirada del general Freire á la provincia de Murcia, donde hubo de abandonar el mando.

«Al mismo tiempo, dice el conde de Toreno, no dejaron al del Montijo tranquilo las fuerzas que el mariscal Soult había enviado sobre las Alpujarras y la costa, y que ascendían á 1.800 peones y 1.000 caballos. Llegaron éstas á Almería á tiempo que todavía desembarcaba un batallón de la expedición de Blake que pudo librarse. Lo mismo aconteció á Montijo, que no dejó de molestar al enemigo, y áun de sorprender la guarnición de Motril, con cuyo trofeo y otros prisioneros se reunió al cuerpo principal del ejército.»

Pero á fin de que se sepa la participación sumamente eficaz y gloriosa que en esta corta campaña tuvo el Alcalde de Otívar, y para que se vea cuán acalorada andaba la lucha en las Alpujarras, su principal teatro, vamos á copiar aquí una parte del animado y expresivo escrito de nuestro guerrillero sobre sus operaciones en aquellos días:

«El 29 del mismo (Julio de 1811) fui atacado, dice, por 80 dragones mandados por un famoso comandante de caballería que, á pesar de haberme sorprendido dentro de la villa de Fornes recogiendo los granos de sus confiscaciones para remitirlos al señor conde del Montijo, fué muerto á mis primeros tiros, por cuya muerte manifestó el Gobierno intruso gran sentimiento por su valor é intrepidez: reforzado que fué su segundo por 25 dragones más y 70 infantes, me acometió por dos veces, en las que tuvieron 27 dragones muertos, 11 heridos y 3 id. caballos, y por nuestra parte hubo un soldado de caballería muerto, un herido y un caballo id.

»El 4 de Agosto pasé á Alendín con los referidos 150 caballos con el fin de descubrir las fuerzas del enemigo é incomodarlo si hallaba oportunidad, y aunque lo conseguí, reuniéndose á ellos la caballería que tenían en Almilla y Alendín me acometieron en 3 divisiones y me obligaron á hacer una ordenada retirada, matándome un caballo y sufriendo el enemigo la pérdida de 3 dragones con sus 3 caballos y otros 3 heridos.

»El 8 del mismo pasé á Dulcar con toda mi caballería y 200 infantes, á batir cierto número también de caballería é infantería que pasaban á registrar los cañones de Dablate: les perturbé dicha revista

y les perseguí hasta el mismo Suspiro del Moro y les maté un dragon.

»El 11 de id. salí de mi cuartel de cantón de Albuñuelas con motivo del parte que recibí del Paúl que me manifestaba bajaban para Lanjaron 98 dragones núm. 112 y 450 infantes del 9 con un Coronel de caballería y un Teniente Coronel de Infantería, dejándose 50 dragones en el Paúl de guarnición; y creyendo yo favorable atacar los del Paúl para dejar libre mi retaguardia, metí mi infantería compuesta de 407 plazas y 80 caballos en el puente de Dulcar por el sitio nombrado Conchar y Lofijar; dejando la infantería cubierta con el borde de la acequia puse la caballería á derecha é izquierda y haciendo salir una guerrilla de 11 caballos que me acompañasen seguimos hasta las inmediaciones del Paúl para hacerle la llamada al enemigo, y efectivamente salió al punto una guerrilla de unos 12 caballos y los demas seguían formados con espada en mano, y metiéndolos en el paraje que tenía pensado y que tenía apostada mi infantería y restante caballería logré matarles 7 dragones é hice 3 id. prisioneros que mandé afusilar porque trataron fugarse á sus tropas, haciendo huir á los demas vergonzosamente hasta pasado dicho Suspiro del Moro, sin que se detuviesen en el Paúl; por cuyas calles iban con la mayor precipitación, sabiendo por aquellos vecinos haber muerto 4 dragones que iban muy mal heridos: Conseguido este desalojo, seguí hasta Lanjaron, dejándome la 4.ª compañía de mi mando compuesta de 48 plazas apostada en los parapetos contruidos de orden del Excmo Sr Conde del Montijo: llegué á las 11 de la noche y entré haciendo fuego por diferentes puntos al Pueblo, con lo que logré lo desalojase el enemigo, y se acampase fuera de él: al siguiente día los atacé á toda fuerza echándolos de la posición que tenían tomada, emprendiendo mi marcha á Velezillos y dejando en su seguimiento las compañías de Granaderos y cazadores, seguí yo con la restante tropa á la junta de los rios por si podía cortarles y llegando todos á un mismo tiempo se emprendió un vivísimo fuego que duró como una hora, con la pérdida por parte del enemigo de 11 infantes muertos, un trompeta y un caballo, y retrocediéndose á ocupar á Velezillos, entónces dispuse que mis tropas descansasen como una hora para que desconfiase el enemigo del seguimiento, y creyendóselo en efecto así, dispusieron sus ranchos en dicho pueblo, y ántes de disfrutarlos entré con mi tropa haciéndoles un fuego muy veloz que causó tal efecto que al momento lo desalojaron y sirvieron para los míos los ranchos que los contrarios habían condimentado: ellos fueron á acamparse á la cuesta de la Escalera, y luego que mi gente hubo comido seguí mi marcha y volviendo á romperles el fuego los desalojé también de dicho punto

siguiéndoles hasta que se pusieron al amparo de las casas de la ciudad de Motril: en ella continué haciéndoles fuego lo restante de aquel día en el qual perdieron 11 dragones que querian ocultarlos y no lo consiguieron por mas diligencias que hicieron: llegada la noche mandé tocar á degüello y me entré con el todo de mi infanteria y caballeria dentro de la ciudad de la que salieron los enemigos y les hice 4 prisioneros del núm. 9.; y fueron á camparse á la Rambla del Puntalon distante una media legua: al amanecer del día siguiente los atacé y duró el fuego hasta las 11 de la mañana: les maté 4 dragones y huyendo trataban fugarse por el sitio llamado Luxar, y por allí refugiarse á Granada: conociendo yo esta idea dispuse sin demora salir á cortarlos por Orgiba á cuyo tiempo recibí un oficio del Exmo Sr Conde del Montijo cuya venida ignoraba y me decia que llevaba yo á mal traer á los enemigos en aquella vega de Motril, que por la parte de Hualchos iba su jefe de Estado Mayor con 400 hombres, que por el centro iba S. E. con el regimiento de Cuenca y bastante caballeria y así que cubriese yo su derecha lo que observé inmediatamente y viendo que S. E. tardaba traté seguirlos en su retirada lo que no executé por haber oido un fuerte tiroteo por donde S. E. me señaló venia su Jefe del Estado Mayor y á cuyo tiempo ví asomar á dicho Excmo Sr con la caballeria de su mando y el todo de su infanteria; y me fué forzoso detenerme hasta su llegada que me preguntó dónde estaba el Enemigo: contestele que á la una del día habia oido un fuerte tiroteo hácia Hualchos que ignoraba si sería con el Jefe de su Estado Mayor ó con una de mis guerrillas que habia mandado á las observaciones del Enemigo en aquel punto pero que se me participaba por mi descubierta que venia el Enemigo avanzando por Motril: consiguiente á esta razon traté con dicho Sr Excmo atacarlos á toda costa señalándome el punto de su izquierda, se tomó S. E. el de la derecha y furiosos á porfia partimos hácia el Enemigo: le hallamos á corta distancia emboscado en un olivar en un sitio llamado de la Rambla del Puntalon y entrando por la izquierda de dicho olivar les hice salir de su emboscada y rompiendo la caballeria enemiga por la derecha, no pudiendo sostenerla las tropas de S. E. se pudiesen escapar 28 dragones y con ellos el Coronel que los mandaba: al punto mandé una porcion de mi caballeria reunida con algunos soldados de S. E. los persiguieron hasta encontrarse con la 4.ª compañía que me dejé apostada en los parapetos del Puente de Dulcar á quienes ya habia oficiado y se tardaba la incorporacion que les prevenia dieron con dicho Coronel y dragones entre Velezcillos y Cuesta de la Escalera, les rompieron el fuego y sólo pudieron escapar 15 con el citado Coronel y éste pasado un

muslo, y de dicho número murieron algunos en Granada, yo seguí mi izquierda é hice á la infanteria dejase la emboscada; y á fuerza del vivo fuego les fué forzoso á los que en aquel acto no murieron saltar la acequia principal de dicha ciudad y meterse en la Vega, en donde se armó una funcion de tiros y cuchilladas, que si no unos 180 que se rindieron prisioneros todos los demas quedaron muertos en el campo de batalla: de dichos prisioneros se hizo cargo S. E. y desde allí partimos, S. E. para Velezcillos y yo para Molvizar: estando disponiendo los ranchos se oyó un fuerte tiroteo por la Cuesta de la Cebada y sin comer la tropa salimos por los Palomares de Lobres con direccion á dicha Cuesta, y encontrando algunos soldados de los del Excelentísimo Sr Conde del Montijo me informaron de haberse dispersado todas sus tropas: pasé á reunir las y al siguiente día divisé una descubierta enemiga que se dirigia para Huejar y Fondon donde yo me hallaba: inmediatamente salí con una guerrilla de 14 caballos y haciéndoles fuego los rechacé violentamente matándoles 4 dragones siguiéndoles hasta la Cuesta de la Cebada y regreseme á mi citado punto que permanecí hasta las 5 de la tarde que logrando reunir al Teniente Coronel del Regimiento de Alpujarras D. Josef Castillo y número de 600 y más infantes de diferentes cuerpos traté con dicho Jefe volver á atacar al enemigo á que no accedió por no tener municiones, y reflexionar que estaba en un pueblo donde no nos suministrarían raciones: pasamos á Ytrago donde tuvimos noticia que el Excmo Sr Conde del Montijo se hallaba sobre Lentegi á donde se le dirigió oficio: respondió sin tardanza que su direccion era á Competa y que allí debía caer la reunion: con motivo de este aviso me pidió Castillo una espia que le guiase hasta dicho punto lo que le facilité, y queriendo le siguiese le contesté no podia ser por el motivo de saber que en Motril habian entrado 300 enemigos, y que si sabian que todos marchábamos á Competa nos perseguirían y estorbarían dicha reunion, pues permaneciendo yo en aquel sitio con conocimiento del terreno, aun cuando no les quebrase sus fuerzas á lo ménos les llamaría la atencion y les cortaria la fuerza para agolparse todos para Competa contra S. E., el mismo Castillo y tropas de sus mandos: así se verificó pues al siguiente día fui atacado por dos divisiones de 600 hombres cerrándome por derecha é izquierda: esta llegó á Otívar donde pasaron, y la de derecha subiendo por frente de Gete llegó hasta la loma nombrada Hehbra, en donde tenia yo una descubierta de 14 hombres á la observacion de todo aquel terreno los quales haciéndoles fuego desde su altura les mataron dos Cabos y un Sargento retrocediendo los enemigos para abajo; vino á incorporarse con la division de Otívar mar-

chando ambas para Almuñecar sin haber habido por nuestra parte la mas leve pérdida, mas no olvidandoseme que pudiera ser aquello una falsa retirada para acometerme á otro dia por todos los puntos de mi flanco, luego que anocheció emprendi mi marcha para la Sierra de Albuñuelas, donde me acampé y principié á hacer mis nuevas correrias hasta el valle y vega de Granada á donde llamé la atencion á 600 dragones y 300 infantes que me atacaron al 7.º dia de estar acampado y aunque me fué forzoso retirarme é irle sosteniendo con una guerrilla de 20 hombres de Caballeria les maté quatro caballos é ignoro si de los soldados murió alguno respecto á que quedó el campo por ellos: deseando incomodarlos como siempre hice mi retirada á la Costa; puse mi partida al mando de D. Juan Guerra Comandante de una de Patriotas dándole órden viese si podia sorprender una guarnicion corta que habia en el castillo de Almuñecar; mas á pesar de la instrucción que para ello le di no lo hizo así, antes bien empezó á tiros en las inmediaciones de la ciudad para prevenir á los enemigos que se refugiaron al Castillo: El Guerra recogió como unos 3,900 reales vellon que se hallaban depositados de contribucion en poder de D. Pedro Romera Monteagudo; sacó un número considerable de alpargates, morrales, costales etc que habia en una tienda de un particular llamado Francisco Salazar natural de Granada: salió y se dirigió á Nerja 5 leguas de distancia; entónces salieron los Franceses de dicho castillo de Almuñecar y unidos á la tripulacion de un Corsario que se hallaba en aquel punto empezaron á hacer fuego á todos los vecinos que encontraban por las calles resultando la muerte de tres infelices: ignorando yo todos estos acontecimientos tomé mi retirada con mis 82 individuos para la villa de Cazulas en donde segun mi Plan debia encontrar á Guerra con la demas gente que dejé á su cargo y el encuentro que tube fué el de 150 infantes y 50 caballos enemigos que al momento se formaron en batalla, mas yo lejos de intimidarme, con el espíritu y el valor de mi genial, no tan sólo sustuve una fuerte lucha, con los 82 individuos de mi mando sino que fueron éstos suficientes para que antes de una hora fuesen derrotados los enemigos matándoles 4 caballos, 3 ginetes, 11 infantes y 17 heridos que se refugiaron á Otívar hasta donde les seguí y dejé por temor no incendiaran el Pueblo como otra vez que viniesen: por nuestra parte no hubo desgracia alguna.»

Ese era el tráfago que llevaban los guerrilleros en España. El descanso les era completamente desconocido; y así, curtidos en las rudas faenas de la guerra, no consentían, en cambio, ni un instante de respiro á los enemigos. Por eso la guerra de España se hizo tan impopular en Francia, donde sólo la catástrofe de Rusia pudo hacer soportable la

suerte de los padres que tenían sus hijos á las manos todos los dias con nuestros infatigables partidarios.

«Los españoles, dice Proudhon en *La guerre et la Paix*, no pudiendo defenderse en masas contra masas, se formaron en guerrillas y principiaron aquella guerra de emboscadas en que perecieron 500.000 franceses. Éstos, avergonzados del papel que se les hacía representar, pero obligados tambien por su juramento á cumplir con su deber, encontrando esta guerra tan cobarde como feroz, ahorcaban cuantos guerrilleros cogían y fusilaban á cuantos les eran sospechosos. Dicen los autores «¡Derecho de represalias!» Pero, ¿quién habia principiado á infringir las leyes? ¿No eran los que sorprendiendo *en fragante delito* de desarme y de confianza á la nacion española, haciendo traicion á su hospitalidad, llamaban en seguida á esta nacion, así ultrajada, á batallas desiguales é irrisorias? ¿No eran, en una palabra, los soldados de Austerlitz y de Friedland?... Despues de 1805, 1806 y 1807, ¿estaba Napoleon tan cansado de vencer que atacaba de un modo tan traidor á una nacion amiga y desarmada?»

Esto no obstante, la guerra ofrecía en España tambien el espectáculo de grandes operaciones, á cuya ejecucion favorecia grandemente la fatiga que las guerrillas causaban en las filas enemigas.

El ejército frances que, acosado sin cesar por ellas, veía el reposo que le era necesario constantemente turbado, sus forrajes interrumpidos, sus convoyes asaltados y sus comunicaciones cortadas, llegaba á los campos de batalla que le ofrecían las tropas españolas ó las aliadas, con sus fuerzas exhaustas, su moral perdida y, cuando más, con la desesperacion por contrapeso á su debilidad.

Laurillard-Fallot, en su *Curso de arte militar*, dice:

«El merodeo aplicado á las estériles comarcas de la España, costó dos veces más hombres que las batallas campales á los franceses que, para subsistir, se veían obligados á dispersarse por superficies inmensas, lo cual no les permitía concentrarse cuando era necesario, y los entregaba impotentes á las bandas enemigas.»

Por eso, el general Gaertner, nuestro ilustrado amigo, comparaba el ejército frances en la guerra de la Independencia con el valiente bruto que se lidia en nuestras plazas de toros. Rejoneado primero, capeado y cubierto de banderillas despues, va por fin, jadeante y pudiéndose apenas sostener, tales son su cansancio y sus dolores, á ofrecerse víctima, no pocas veces indefensa, á la agilidad y el afilado hierro del diestro.

Y esto sin contar con que los mismos guerrilleros que tan de continuo acosaban á ese mismo ejército, pero dispersos generalmente, se reunían á veces ó

iban á formar parte de algun cuerpo de tropas regulares para acometerle entónces tambien é intentar su destruccion.

Así vemos en los párrafos trascritos del diario del Alcalde de Olivar que sucedió en la batida dada á los franceses de Motril por el conde del Montijo. Si posibles fueran mayor actividad y energía más ardiente que las desplegadas hasta entónces por el celeberrimo *Caridad*, sólo podriamos observarlas en las operaciones sucesivas que emprendió, anhelante siempre por arrojar de aquellas montañas hasta el último de sus aborrecidos invasores.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

(Concluiré.)



Sr. D. Gumersindo de Azcárate.

Mi distinguido amigo: Quebrantando, aunque levemente, mi propósito, involuntario por desgracia, de no volver á tomar la pluma para otra cosa que la correspondencia privada, voy á hacerme cargo, con la mayor concision que me sea posible, de la carta benévola y discreta, como suya, que usted ha tenido la bondad de dedicarme en el último número de la REVISTA EUROPEA. Muévenme á ello la cortesía y buena correspondencia que usted tanto se merece, juntamente con el deseo de poner en su verdadero punto algunas especies, no el intento, que sería ya inoportuno, de renovar una discusion para la que me faltan fuerzas, así como tambien datos nuevos y nuevas luces con que esclarecer la materia controvertida.

Cordialmente felicito á usted, y me felicito á mí mismo—que, á fuer de amigo suyo y justo apreciador de sus relevantes dotes personales, sentía en el alma verle capitaneando á los detractores de nuestras glorias científicas—por los términos en que rectifica la inteligencia, sobrado literal segun veo, que, tanto el Sr. Menendez Pelayo como yo, dimos al párrafo de su artículo de la *Revista de España*, de donde tomó pié aquel amigo para escribir la serie de eruditísimas epístolas insertas en la EUROPEA. No iba tan allá su intencion como sus palabras. Con su muy respetable padre, reconoce y proclama usted los merecimientos de la ciencia española del siglo XVI. Con nuestro comun amigo el doctor Sr. D. Federico de Castro, ama la antigua filosofía nacional y desea que, saliendo del olvido en que la tenemos, sirva de base y punto de partida

á las futuras especulaciones de los pensadores españoles.

Verdad es que, á pesar de tan satisfactorias explicaciones, todavía subsisten entre usted, por una parte, y el Sr. Menendez Pelayo y yo, por la otra, diferencias de no escaso bulto, pues si convenimos en la estimacion del siglo XVI, no así en la de los dos siguientes, durante los cuales ve usted *casi por completo*—y nosotros mucho ménos—paralizada la actividad intelectual de la Península. Como el *prejuicio sistemático* de que en mi *carta-prólogo* á las del Sr. Menendez le suponía á usted imbuido, no precisamente por su cualidad de krausista, sino por otra más genérica, la de libre-pensador; prejuicio que consiste en reputar *imposible la vida científica donde y cuando quiera que esté vedado el poner en tela de juicio los dogmas religiosos*; como este prejuicio, digo, de ser cierto, lo mismo y *aun más* implicaría la negacion de la cultura patria de la primera que de las demas centurias referidas, no puedo ya atribuir á él la pobrísima idea que de estas tiene usted formada, y debo considerarla hija de otras, aparentemente al ménos, más positivas razones. ¿Cuáles? Una sola apunta usted (aparte la cita del absurdo *paréntesis de tres siglos* de Donoso, fácil y victoriosamente refutado tiempo há por el Sr. Valera); la de que «si el movimiento intelectual del siglo XVI no se hubiese *interrumpido*, no le *ignoraríamos*.» ¿Era preciso para esto que semejante *interruccion* durase dos siglos, ni mucho ménos? Cabalmente en España abundan, de un modo lamentable por cierto, los ejemplos de obras científicas del todo ó casi del todo olvidadas por nuestros compatriotas á poco de haber salido á luz. Recordaré algunos por vía de muestra. Menester fué que un facultativo residente en Paris participase al P. Feijóo, que de los escritores allí en boga era uno por aquel tiempo «el nunca bastantemente ponderado Solano de Luque,» para que el erudito polígrafo benedictino supiese que había existido pocos años ántes y ejercido su profesion en Antequera el célebre autor del *Lapis Lydius Apolinis*. Con no ser muy posterior al marqués de Santa Cruz de Marcenado, el general Álvarez de Sotomayor, enviado á Berlin por el Gobierno español para estudiar la táctica prusiana, lo que hace presumir que no sería sujeto indocto, hubo de confesar, sin embargo, á Federico el Grande que *sólo de oídas* conocía las *Reflexiones militares* de mi ilustre paisano, de las cuales aquel monarca sacara el procedimiento bélico á que debió tantas victorias. De Hervás y Panduro y de su *Catálogo de las lenguas*, ¿quién se acordaba en nuestro suelo, mientras no comenzaron á divulgar su nombre los *Discursos* del cardenal Wisseman *sobre las relaciones entre las Ciencias y la Religion revelada*? ¿Quién recordaba tampoco al sabio anatomista Martín Mar-

(1) Publícase con retraso esta carta por haberse extraviado en el camino la primera copia de ella que nos envió el Sr. Laverde.

tínez, médico de Felipe V, y al profundo matemático Tomás Vicente Tosca, lumbreras de la ciencia europea de su época, hasta que la Academia Española los incluyó en su precioso *Catálogo de Autoridades*? ¿Quién hacía caso de las *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal*, de Arteaga, impresas, como la obra de Hervás, á fines del siglo último, hasta que el Sr. Fernandez y Gonzalez las encomió en su excelente *Historia de la crítica literaria en España desde Luzán*, premiada por la Academia Española? A vista de estos y otros muchos casos que pudiera aducir, ¿cabe dar valor alguno al argumento ú observacion que usted propone en apoyo de su dictámen sobre la casi completa nulidad científica de nuestra nacion en los siglos XVII y XVIII?

No pretendo con estas reflexiones negar la decadencia de nuestros estudios despues del siglo XVI; miradas las cosas en globo, nadie la niega. Fué grande, en verdad, comparada con la altura á que anteriormente habíamos llegado; pero no tan absoluta, general y profunda como usted da á entender y yo mismo, con ménos datos que ahora, há algun tiempo creía. La falta de una *bibliografía* que continuase hasta el reinado de Carlos III la de don Nicolás Antonio ha influido no poco en que erróneamente nos figuremos como de tinieblas palpables todo ese periodo. Por de pronto, en ciertos ramos del saber humano hubo, bajo los últimos reinados de la dinastía austriaca, manifiesto progreso, segun ha puesto fuera de duda el Sr Cánovas, contestando en la Academia Española al discurso de recepcion del Sr. Silvela. Aunque es largo el pasaje del señor Cánovas, lo inserto á continuacion en interes de la causa que defiende, ya que las *Memorias de la Academia Española*, de donde le tomo, no son tan conocidas como merecen:

«Grave error sería deducir de los falsos principios y extraños ejemplos citados hoy por el Sr. Silvela, que fuera el décimo octavo siglo, no ya á los fines ó á la mitad, sino ni aún al comienzo, periodo de general decadencia de la cultura patria. Es ésta de aquellas cosas que se dicen más que se piensan, pasando tal vez de boca en boca por pereza de analizarlas. Porque la poesía lírica había ya caído del todo hácia la segunda mitad del siglo XVII, sin que el brillo de ésta ni el de la dramática pudiera renovarse en los dos primeros tercios del siguiente, se suele condenar de plano una época, por otros conceptos digna de honrada memoria en nuestros anales literarios. Sabido es por demas que el cultivo de las ciencias entónces conocidas, de la erudicion, de las lenguas, fué no ménos asiduo que el de las bellas letras en los reinados de Carlos V y Felipe II; debiéndose, á no dudar, el maravilloso vuelo que tomaron aquí á un tiempo todos los ramos de cultura al frecuentísimo trato que tenían á la sa-

zon nuestros compatriotas con los pueblos más civilizados del mundo. Vióse á los españoles, durante el siglo XVI aprender y enseñar en las sábias universidades de Francia ó Flandes; rimar y construir estrofas en la ribera de Nápoles ó las orillas del Pó, al tiempo mismo que el Ariosto y el Tasso, estudiando á la par con ellos al Petrarca y al Boccacio; predicar en Inglaterra la verdad católica á los mal convertidos súbditos de la reina María; disputar doctamente en Alemania, secundado con sussilogismos los golpes de la temida espada de Carlos V; plantear, profundizar, ilustrar en Trento las más complicadas cuestiones teológicas; contribuir más que nadie á extender el imperio de la filosofía escolástica, produciendo con arreglo á su método y principios, abundantes y preciados libros, no ya sólo de teología, sino de derecho natural y público, de jurisprudencia canónica y civil. Ni los estudios lingüísticos, ni los escriturarios, ni las matemáticas, ni la astronomía, ni la topografía, ni la geografía, ni la numismática, ni la historia en general, materias tan descuidadas más tarde, dejaron de florecer tampoco durante el periodo referido, con ser aquel mismo el que vió nacer, por causa de la oculta y amenazadora invasion del protestantismo, los mayores rigores de la censura real y eclesiástica en España. Pero desde los dias de Felipe III hasta ya bien entrados los de Carlos II, la decadencia en todo género de estudios graves, eruditos y profundos fué luégo rápida, palpable, total, precisamente á la hora misma que con rayos más altos resplandecía en nuestras letras la inspiracion dramática. Plena prueba es de este aserto una consulta, que poseo inédita, acerca de las personas que deberian acompañar á Inglaterra á la infanta María, presunta mujer del Príncipe de Gales, y en la cual el Consejo de Estado recomendó muy particularmente á Felipe IV, que comenzaba á reinar entónces, cierto jesuita escocés, «porque tenía (dice textualmente el documento citado) todos los estudios que *allá estiman* y *acá no se usan*, como son lenguas, controversias y matemáticas.» Hablando en secreto al Rey sobre asuntos de público interes, y siendo los que tal hablaban sabios ministros, no hay más remedio que prestar fe á esta mala noticia literaria. En el postrer reinado de la dinastía austriaca, los primeros diez y seis años del cual iluminó Calderon, como espléndida luz de ocaso, notóse otra vez cierto calor en los buenos estudios, comenzando por los históricos, cuyas excelencias ya había celebrado, mejor que nadie, Fr. Jerónimo de San Josef en su conocida obra intitulada *El genio de la historia*, y continuando por los de lenguas y controversias, erudicion y crítica, derecho civil y canónico, cual se echa de ver en las obras insignes de D. Nicolás Antonio, Ramos del Manzano, D. Juan

Lúcas Cortés, el Arcediano Dormer y el Marqués de Mondéjar, predecesores ó maestros de Macanáz, Ferreras, Berganza, Burriel, Florez, Mayans, Velazquez y Perez Bayer, útiles faros aún de la literatura nacional. El Santo Oficio, siempre inflexible con los judaizantes y moriscos, ni vigilaba, ni asustaba mucho realmente á las personas de calidad y fama en los dias de Carlos II, porque el poder real, de donde tomaba fuerza, andaba tiempo hacia en manos flacas; y en el entretanto el espíritu de exámen, dejando en paz por de pronto las cosas divinas, y ocultándose bajo el manto de las ciencias positivas, se habría fácil paso por todas partes, llegando á penetrar inadvertido hasta en la misma España. A tales causas se debió, en mi concepto, aquel inesperado renacimiento literario. Mas, sea cualquiera el origen del fenómeno, su realidad no puede negarse; y no será culpa mia, sino de la verdad estricta, que falte en esta ocasion tambien aquella rigurosa unidad ó simetría, tan pretendida por algunos teóricos, y que tanto suele escasear en la sucesion verdadera de los hechos humanos.»

Tampoco hallo que en estudios económico-políticos retrogradásemos ni tuviésemos nada que envidiar á las naciones entónces más adelantadas; tal impresion, al ménos, deja en mi ánimo la lectura de la *Biblioteca de los economistas españoles*, del Sr. Colmeiro. En jurisprudencia sospecho que no eran unos pigmeos, v. g., Salgado, Ramos del Manzano y Fernandez de Retes, cuyos libros alcanzaban crédito allende los Pirineos. Y para no amontonar citas, ¿cuántos sabios ha producido la España contemporánea, con todas sus luces y libertades, dignos de ponerse al lado de Pedro de Valencia, Isaac, Cardoso, Caramuely, Nieremberg, ó siquiera de Quevedo y Saavedra? Pues ¿qué diremos del siglo XVIII? Sírvase usted citarme, si desea que asienta á su opinion, una serie de escritores de época posterior que en calidad y número compitan con Tosca, Feijóo, Campomanes, Piquer, Perez Bayer, el P. Ceballos, los autores de *La España Sagrada*, Ulloa, D. Jorge Juan, D. Juan Bautista Muñoz, Cavanillas, Jovellanos, Andrés, Serrano, Eximeno, Hervás y Panduro, los canónigos Castro y Martinez Marina, Capmany, etc., etc. ¿Puede reputarse atargada la actividad científica en un siglo que tan esclarecidos varones produjo? Que fuese inferior á la del XVI, concedido; pero ¿negarla casi en absoluto?

Aquello «del ingenioso procedimiento de añadir á ciertos nombres la terminacion *ismo*, y de las listas de escritores, no muchos para dos siglos, y eso que *no se olvida ninguno*,» téngolo por una broma hiperbólica de usted, nacida acaso de su continuo trato con los filósofos andaluces, pues no puedo suponerle lector tan ligero de las cartas del Sr. Me-

nendez Pelayo y de la mia, que no haya advertido que en ellas sólo suena un *ismo* de nuestra invencion, el *vivismo*, sobradamente justificado, y amén de esto, no correspondiente á los siglos XVII y XVIII, ni figurármele tan ayuno de noticias bibliográficas, que desconozca que dicho amigo y yo, lejos de apurar la materia, hemos omitido *centenares de autores*, entre ellos algunos que, si hoy vivieran, tal vez pasasen por de primer orden.

Cuanto á las causas de la decadencia en cuestion, usted sigue considerando como la principal, si no única, la tiranía del Santo Oficio; yo, á mi vez, persisto en creer que no fué *la única ni la más eficaz*, digan lo que quieran Montalembert y otros escritores. Los argumentos expuestos en pro de esta opinion no han sido invalidados, ni se ha intentado siquiera contestarlos, y paréceme innecesario repetirlos.

Sobre mi modo de pensar en orden á la filosofía moderna, ó á la que tal se denomina, aunque en el fondo sea tan añeja como las que pasan por rancias, diré á usted que únicamente la rechazo en lo que tiene de incompatible con el Credo católico. Fuera de esto, entiendo que podrán extraerse de ella, como en otros tiempos se extrajeron de la ateniense y de la alejandrina, materiales para ampliar y perfeccionar el edificio de la *española*. No me permiten más laxitud respecto al particular mis convicciones religiosas.

Por lo tocante á «la absolucion que otorgo á ciertas formas de discusion,» séame lícito observar que en el caso de que se trata no hubo ni áun asomo de ofensa verdadera, sino vivezas y frases irónicas, que podrán menoscabar un tanto, cuando más, el crédito científico ó literario, nunca declarado inviolable, pero de ningun modo el honor y reputacion moral del adversario, que es lo único que constituiría pecado grave. ¿No están haciendo continuamente lo mismo, sin que nadie se escandalice, no ya los críticos de gacetilla, sino los más encopetados de las revistas contemporáneas? Y si al propio tiempo, como la equidad exige, tenemos en cuenta la holgura y franqueza propias del género epistolar, el calor de la improvisacion y de la controversia, la indole de las negaciones contrarias y más aún la pertinacia en sostenerlas sin oponer pruebas á pruebas, que todo esto contribuye á encender el ánimo y á desatar la pluma sin que lo advierta el que la maneja, ¿á qué queda reducida la culpa por cuya absolucion usted amigablemente me censura?

Deseándole prosperidades, es de usted siempre apasionado amigo,

GUMERSINDO LAVERDE.

Lugo 9 de Noviembre de 1876.

EL CARDENAL ANTONELLI.

El cardenal Antonelli ha sido durante veintiocho años el principal ministro del papa Pio IX, y esto basta para que no se le pueda juzgar de un modo concreto al día siguiente de su muerte. Todo lo que es permitido hacer es recoger algunos hechos y precisar algunos acontecimientos propios para demostrar lo que era este gran personaje, como hombre y como político.

Giacomo Antonelli había nacido en Sonnino, cerca de Terracina, en los Estados romanos. No es exacto que fuera hijo de un leñador, como dice el *Diccionario de los contemporáneos*, ni de un vaquero, como pretende la *National Zeitung*. Su padre fué mayor-domo de una casa de labor, y desempeñó también un pequeño empleo municipal. ¿Es verdad que uno de sus tios fué condenado á muerte como brigante por un consejo de guerra, y que uno de sus primos murió en presidio despues de haber matado, segun se dice, más de 15 personas? En todo caso, Giacomo Antonelli prefirió desde temprano el camino de la escuela y del seminario al de la montaña y presidio. Si fué un mediano estudiante de teología, se distinguió desde muy jóven por su inteligencia en los negocios y por su buen sentido. Gregorio XVI le observó y le hizo entrar en la administracion en cuanto fué diácono, pero sin exigirle que tomara las órdenes mayores. Al advenimiento del papa Pio IX, Giacomo Antonelli supo ganar el favor del nuevo Pontífice, y en 1847 fué elevado á la dignidad de cardenal. Esta alta distincion le suscitó violentas enemistades entre los principes romanos, los cuales agotaron todo género de burlas contra este *homo novus*, como se decía en tiempo de Ciceron, que había salido de un barrio mal afamado y que había llevado en su niñez los zuecos de los montañeses. Estas burlas eran injustas, porque, á pesar de su nacimiento, el cardenal tenía la representacion, la distincion y el lenguaje de un verdadero gentil-hombre. Los extranjeros le hicieron justicia, y esto bastó por de pronto al cardenal.

¿Persistieron los instintos del montañés bajo la ropa de cardenal? Se le han dirigido tantas calumnias, que la equidad recomienda estar muy en guardia contra noticias que no estén bien comprobadas. Dos censuras, entre otras muchas que dejamos á un lado, se le han hecho al cardenal Antonelli. La primera que haya llegado á ser muy rico. Ha sido, se dice, el primer ministro de Europa más rico cerca del Soberano más pobre. Se le censura también haber elevado su familia, haber dado á cada uno de sus hermanos el título de conde, y haberlos colocado en empleos lucrativos. Es cierto que el Cardenal deja una buena herencia, y que su

familia no puede quejarse de haber sido olvidada. Pero, segun todas las probabilidades, se le ha supuesto más rico de lo que era. Además, el Cardenal pasaba por ser muy hábil en el manejo de los negocios de dinero, y sin duda usó de esta habilidad en su provecho. Nunca tuvo el grande é inútil lujo de los principes romanos, y su departamento en el Vaticano le dispensaba de tener un tren de casa ruinoso. Estas circunstancias explican cómo pudo, en el curso de una larga carrera ministerial, hacer fructificar sus economías. En cuanto á su familia, no hemos oido decir que ninguno de sus protegidos haya sido acusado de incapacidad ó de falta de probidad. Uno de sus hermanos, que era gobernador del Banco en tiempo del poder temporal, pasaba por un hombre juicioso y competente en su profesion de hacendista. Además, en todos los países es un hecho constante y muy natural que el más feliz y el más favorecido por la suerte ayude á su familia á elevarse.

Sería pueril evocar, á propósito del cardenal Antonelli, el nombre de Richelieu, de Mazzarino y aún del cardenal Alberoni. Una relacion más natural se ofrece al espíritu entre él y el cardenal Consalvi, el célebre ministro de Pio VII, el hábil negociador del Concordato de 1801 con Francia, el inspirador del *motu proprio* de 1816 que reformó la administracion de los Estados de la Iglesia, el restaurador de la independenciam temporal de la Santa Sede. Es evidente, sin embargo, que el cardenal Antonelli no se ha elevado nunca al talento, á la superioridad de Consalvi. Si en algo se ha aproximado más á este ilustre predecesor, ha sido en sus cualidades de diplomático. Si es un mérito no desanimarse jamás, aún en las situaciones más críticas; disputar palmo á palmo el terreno, aún sabiendo de antemano que todo está perdido; retroceder con dignidad, sin ceder nunca en las cuestiones de principios, y rechazar toda concesion, pero sin romper bruscamente, este mérito lo ha poseido en alto grado el cardenal Antonelli. Presentar una fisonomia tranquila y sonriente á los interlocutores más apurados; esquivar un caso demasiado difícil por la sagacidad en la réplica ó por un estudiado silencio; atenuar el efecto de las resoluciones ó de las palabras demasiado vivas del Soberano Pontífice; en una palabra, llenar el oficio de un excelente secretario de Estado, más bien que de un ministro que dirige, tal ha sido la mision del cardenal Antonelli. Fino é ingenioso, le gustaba hacer sentir la superioridad de su buen sentido y de su penetracion, y verse el centro á que iban á converger tantos y tan grandes asuntos del mundo entero. En esto se creía un verdadero romano. En cuanto á la curiosidad de ver las cosas del exterior, no la tenía en grado alguno.

—¿No irá nunca Vuestra Eminencia á ninguna parte de Europa?—le preguntaron un día.

—Nunca he salido de los Estados Pontificios,—contestó,—y toda la Europa ha pasado por mi gabinete.

¿Ha tenido política determinada el cardenal Antonelli? A esto podemos contestar, según lo que sabemos, que nunca el Papa ha acudido á él para la elección de una dirección política. Ciertamente el Cardenal ha gozado de un gran crédito, y el mismo monseñor Merode no ha conseguido quebrantarlo. Todo lo más que pudo conseguir el prelado belga fué inquietar la conciencia del Papa á propósito del secretario de Estado; pero esta inquietud no hizo nacer la desconfianza. El crédito del Cardenal no ha llegado nunca, sin embargo, hasta el punto de que el Papa haya sufrido su dominación. El constante favor del ministro se debe á dos circunstancias, de las cuales han sabido darse cuenta los testigos atentos: la primera, que ha sabido siempre presentir los pensamientos de Pío IX y conformarse á ellos; la segunda, que ha ahorrado siempre al Pontífice el fastidio de los detalles, las pequeneces y entretenimientos de ciertas cosas, y las numerosas contrariedades de una situación llena de dificultades. La penosa escena entre el Papa Pío IX y M. de Meyendorff, que puso fin á las relaciones oficiales de la Santa Sede con Rusia en 1864, demostró cuán indispensable era la intervención del Cardenal en ciertos casos. Aparte de esto, las conjeturas que se han hecho sobre su misión personal han sido completamente gratuitas. Pío IX no es un soberano dispuesto á sufrir la voluntad de otro, y no sigue los consejos que le dan sino cuando están conformes con su opinión. Esto se ha podido observar, especialmente desde 1870. Si el cardenal Antonelli hubiese tenido la influencia que se le suponía en las resoluciones del Pontífice, no hubiera tenido que corregir tan frecuentemente algunos pasajes de los discursos de Pío IX antes de entregarlos á la imprenta. En resumen, la política de la Santa Sede ha sido hace treinta años la política de Pío IX y no la del cardenal Antonelli.

Al lado del Papa más inclinado á la teología que ha ocupado la Santa Sede hace siglos, el cardenal Antonelli ha representado el sentido de la vida práctica. Las cuestiones dogmáticas le interesaban poco, y será un milagro si se descubre algún día que ha animado la proclamación de la Inmaculada Concepción, la promulgación del dogma de la infalibilidad y del *Syllabus*. Simple diácono, no tenía la pretensión de tomar puesto entre los doctores. Si se quieren buscar los indicios de su actividad, se encontrarán en el *motu proprio* de 1849, en los edictos de 1850, que establecieron en los Estados pontificios una especie de compromiso entre el poder

eclesiástico y las tendencias laicas de la sociedad romana. Es preciso buscarlos en las negociaciones para restablecer la jerarquía en Holanda y en Inglaterra. El Concordato con Portugal, y sobre todo el Concordato de 1855 con Austria, han sido grandes pruebas de su habilidad al servicio de la Santa Sede. En cuanto á sus esfuerzos por la conservación del poder temporal, no han producido más que fracasos. La invasión de los Estados pontificios por los tropas de Víctor Manuel en 1860, la convención de Setiembre de 1864 que limitaba la duración de la ocupación francesa en Roma, la entrada de las tropas italianas en Roma en 1870, no le dejaron otro recurso que la protesta. Entregado á sí mismo, el Cardenal quizá hubiese buscado acomodamientos con las necesidades del momento, de lo cual se había mostrado bastante capaz en 1850; pero ministro de un soberano que cifra su gloria en no aceptar compromisos, siguió su voluntad, y su verdadera misión fué la de obedecer.

Dos servicios ha prestado el cardenal Antonelli á la Santa Sede después de 1870. El primero fué su oposición constante á los que aconsejaban al Papa que abandonara á Roma. Romano como era, tenía el instinto profundo de que el prestigio del papado estaba unido á la conservación de un pedazo de tierra en Roma, aunque ese pedazo se redujera al Vaticano. El *cautiverio* le parecía mayor probabilidad de salvación que el destierro. Fiábase, pues, en la virtud fortificante de este cautiverio, y era inaccesible al desaliento. Pero ¿cómo viviría el papado con dignidad cuando se hubiera agotado la fuente de las antiguas rentas? El dinero de Italia era considerado como el beso de Judas. Al Cardenal pertenece el mérito de haber sabido crear otros recursos á la Santa Sede. El presupuesto pontificio no estuvo nunca mejor nivelado que después de la caída del poder temporal. Los resultados de esta buena administración deben ser tenidos en cuenta, en nuestro concepto, para juzgar la actitud que el Vaticano ha sabido tomar y observar frente á frente de Italia. Un servicio de este género no tiene brillo, y nadie puede lucirse en él; pero ha sido utilísimo y debemos indicarlo.

Se ha intentado suponer una combinación de circunstancias según las cuales Giacomo Antonelli hubiera sido Papa y Mastai Ferretti su ministro. En este caso, dudamos mucho que se hubiese establecido un concierto durable entre estos dos personajes de tan diferentes caracteres. Hombre práctico antes que todo, Giacomo Antonelli habría encontrado que su ministro era demasiado místico, y en breve lo hubiera relegado á alguna congregación. Pero siendo Papa Pío IX, ha necesitado tener á su lado ese diplomático lleno de sangre fría, y ese hombre de negocios lleno de recursos que se ha

llamado el cardenal Antonelli. Así el Cardenal ha sido el encargado de las tristes necesidades de la autoridad temporal, mientras que el Papa ha vivido en la serena plenitud de la autoridad espiritual.

VAN DEN BERG.

LA NEVADA.

A fines de 1811, época tan notable para Rusia, vivía en sus dominios de Neradowo un honrado y excelente hombre llamado Gabriel Gabrielowich R... En las cercanías le admiraban por su hospitalidad. Los vecinos tenían gran placer en ir á su casa y beber, comer y jugar al *boston* con su esposa, Pas-cowia Petrowna, á razon de cinco copecks la ficha. Algunos de los concurrentes iban por admirar á la hija de Gabriel, María Gabriellowna, jóven de diez y siete años, pálida y esbelta. Contábase á ésta entre las jóvenes ricas, y muchos vecinos la deseaban para ellos mismos ó para sus hijos.

En la educación de María Gabriellowna entraban por mucho las novelas francesas, y por consiguiente estaba constantemente enamorada. El objeto de sus amores era un pobre oficial de línea, que estaba entónces con licencia en el país.

Es inútil decir que el jóven ardía en la misma llama, y que los padres de María, habiendo observado aquel amor recíproco, habían prohibido á la jóven pensar en el oficial, y desde aquella prohibición recibieron á éste como hombre de condición inferior.

Los enamorados estaban en correspondencia y se daban citas diariamente, bien en el bosque de abetos, bien cerca de la antigua capilla; allí se habían jurado eterno amor, quejándose de su suerte, formando los más opuestos proyectos, y hablando de ellos—como es natural—llegaron á reflexionar así:

—Si no podemos vivir el uno sin el otro, y si la voluntad de nuestros inexorables padres continúa siendo obstáculo á nuestra felicidad, será necesario buscar un medio para eludirla.

Ya se comprenderá que tan feliz idea se ocurrió primeramente al jóven, y que brotando de una boca querida, obtuvo inmediatamente la aprobación de María.

Llegó el invierno y cesaron las citas; pero se activó la correspondencia. Vladimir Nicolaewith le suplicaba en todas sus cartas que se entregase á él y se casarían en secreto; se ocultarían por algún tiempo, y despues se arrojarían á los piés de sus padres que, afectados por su heroica constancia y las penas de los dos amantes, no dejarían de abrirles sus brazos y decirles:

—¡Venid á nuestro corazón!

María no se decidió en mucho tiempo. Rechazó muchos planes de fuga, pero al fin se decidió.

El día convenido debía fingir un dolor de cabeza y retirarse á su cuarto á la hora de cenar. La jóven que la servía entraba en el complot. Las dos debían salir por la puerta de la espalda del jardín, en la que encontrarían dispuestos los trineos; partirían de la aldea de Neradowo, recorrerían cinco kilómetros, llegarían á la aldea de Jadrino, y en seguida entrarían en la iglesia donde las esperaba Vladimir.

La vispera del día decisivo no durmió María; empaquetó sus efectos y ropas, escribió una larga carta á una amiga, tan romántica como ella, y otra á sus padres. En esta les daba su adiós en los términos más conmovedores: excusaba su fuga, que deploraba, con el inmenso amor que sentía por su amante, y terminaba diciendo que el momento de dicha suprema para ella sería aquel en que se arrojará á los piés de sus padres.

Puso la carta en un sobre, en el que había grabados dos corazones inflamados, con una inscripción alegórica, y en seguida se acostó; durante el sueño se despertó diez veces, perseguida por siniestras pesadillas.

Ya le parecía que, al montar en el trineo, se presentaba de pronto su padre, y cogiéndola de un brazo, la arrastraba por la nieve, arrojándola á un abismo sin fondo, en el que caía con horrible miedo; ya veía á Vladimir tendido en el césped, pálido, cubierto de sangre y moribundo, suplicándola con voz desgarradora que se apresurara á darle la mano, interrumpiendo estas escenas visiones extrañas é incomprensibles, que se sucedían sin orden, como en un panorama; al fin se levantó más pálida que nunca y con verdadero dolor de cabeza esta vez.

Su padre y su madre observaron su preocupación, y le preguntaron mil veces: *¿Qué tienes, María? ¿Estás enferma, hija mia?* Estas preguntas la desgarraban el corazón; la jóven trató de mostrarse alegre, pero no pudo conseguirlo.

Llegó la noche. La idea de que era la última que pasaba en el hogar paterno, la oprimía el corazón. Apenas vivía, y mentalmente decía adiós á todas las personas y á todos los objetos que la rodeaban.

Sirvieron la cena; el corazón de la jóven palpitaba hasta romperse; con temblorosa voz dijo que no tenía apetito, y se separó de sus padres, que la abrazaron y bendijeron como de costumbre.

La pobre María apenas pudo contener sus lágrimas.

En cuanto llegó á su cuarto, se arrojó en una butaca y se echó á llorar.

Su doncella trató de tranquilizarla; todo estaba

dispuesto; dentro de media hora debía abandonar la joven el techo paternal, su querida habitacion y su vida de hija de familia.

Estaba nevando; el viento silbaba y las persianas batían contra las ventanas; todo esto le parecía amenazador y siniestro; poco despues reinaba silencio absoluto en la casa; todos dormían.

La joven se envolvió en un abrigo, tomó el paquete de sus efectos y subió al vestibulo posterior.

Su doncella le seguía con otros dos paquetes, y ambas llegaron al jardin.

Continuaba nevando; el viento las azotaba el rostro, como si quisiera impedir á la culpable joven que fuera más léjos. Con gran trabajo llegaron al extremo del jardin, donde les esperaba el trineo. Los caballos piasaban de frio, y el cochero de Vladimir daba vueltas alrededor de ellos para calmarlos.

Este ayudó á María y á su doncella á colocar los paquetes; tomó las riendas y partieron.

Dejemos á María entregada á la proteccion de la suerte y á la destreza del cochero, y volvamos al enamorado.

Vladimir había estado todo el dia ocupadísimo; había visto al sacerdote de Jadrino, y le había costado gran trabajo entenderse con él: en seguida partió á buscar testigos entre los propietarios vecinos.

El primero á quien visitó fué un abanderado llamado Dravine, hombre de cuarenta años, que aceptó con placer. Aquel lance le recordaba, segun decia, su tiempo y calaveradas de húsar. Invitó á Vladimir á que comiera en su casa, insistiendo para que aceptase y asegurándole que no le faltarían los otros dos testigos. En efecto, despues de comer llegaron los señores Smith, agrimensor, y un hijo de cierto capitan Isprawnick, joven de diez y siete años, que acababa de hacerse lancero.

Estos señores hicieron algo más que aceptar la invitacion de Vladimir, jurándole que estaban dispuestos á sacrificar sus vidas por él.

Vladimir les abrazó con efusion y entró en su casa para hacer los preparativos.

Ya era de noche y mandó á su cochero de confianza, Kerodeka, á Nenarodowo con el troika é instrucciones terminantes, mandando le dispusieran un trineo de un caballo, en el que marchó solo á Jadrino, adonde debía llegar María dentro de una hora. Vladimir conocia perfectamente el camino, y sólo emplearía veinte minutos en reconocerle.

Pero en cuanto salió al campo el joven, comenzó á soplar fuertemente el viento; caía tal nevada que no veía guiar el caballo.

En un momento, en un segundo desapareció el camino bajo un sudario, confundiéndose todo en

amarillenta oscuridad, á través de la cual voltigaban los blancos copos de nieve; el cielo se confundía con la tierra.

Vladimir se extravió al poco tiempo sin poder encontrar el camino. El caballo marchaba al azar, subiendo á cada momento sobre montones de nieve ó precipitándose en hondonadas. A cada paso amenazaba romperse el trineo. Vladimir sólo pensaba en encontrar la buena direccion. Pareciale que ya había trascurrido media hora, y sin embargo no llegaba al bosque de Jadrino.

Atravesaba un campo surcado por fosos muy profundos; la nevada redoblada en intensidad, el cielo se oscurecía más y más cada vez y el caballo comenzaba á perder las fuerzas. Por el rostro de Vladimir corría abundante sudor, á pesar de que á cada momento se enterraba en nieve hasta la cintura.

Al fin, comprendiendo que se había extraviado, se detuvo y comenzó á orientarse, calculando que debía tomar á la derecha.

Su caballo apenas caminaba: hacia una hora que había partido, y Jadrino debía estar muy cerca; sin embargo, seguía... seguía... y el campo no terminaba.

A cada paso encontraba fosos y barrancos. Volcaba el trineo y tenia que perder tiempo en levantarlo; pasaba la hora de la cita y Vladimir comenzaba á inquietarse.

Al fin se dibujó delante de él un punto negro, dirigióse á él, y al acercarse vió que era un bosque.

—¡Alabado sea Dios!—dijo—ya nos acercamos.

Y siguió el lindero del bosque esperando encontrar al fin un camino conocido.

—Jadrino está á pocos pasos de aquí,—se dijo.

Y en efecto, encontró á pocos momentos el camino, penetrando entre las densas tinieblas de los árboles, despojados por el invierno. El camino estaba más despejado allí; cobró alientos el caballo y Vladimir se tranquilizó.

Pero andaba, andaba, y Jadrino no aparecía. El bosque no tenía fin, y el joven se convenció con terror de que aquel bosque le era desconocido.

Entónces le dominó la desesperacion.

Hostigó al caballo, el pobre animal quiso galopar, pero las fuerzas hicieron traicion á su buena voluntad, y al cabo de un cuarto de hora volvió á marchar al paso, no obstante los esfuerzos del desgraciado Vladimir.

Poco á poco empezaron á aclararse los árboles; el bosque terminó, pero Jadrino no aparecía; debía ser media noche: los ojos del joven se llenaron de lágrimas y siguió caminando al azar. La noche aclaró algo y Vladimir vió un grupo de cuatro ó cinco isbas, al que dirigió sus pasos.

Al llegar á la primera cabaña llamó golpeando en la ventana.

Pasados algunos minutos se abrió esta y asomó un anciano su blanca barba.

—¿Qué quieres?—preguntó el anciano.

—¿Está léjos Jadrino?—dijo Vladimir.

—¿Si está léjos Jadrino?—repitió el viejo.

—Si.

—No mucho, diez verstes.

Al oír esta respuesta, quedó petrificado Vladimir.

—¿De dónde vienes?—le preguntó el anciano.

Vladimir no tuvo valor para contestar.

—¿Podriais proporcionarme caballos para ir á Jadrino?—preguntó el jóven.

—¡Caballos! ¿Dónde los he de encontrar?

—¿No podría al ménos encontrar un guía? Le pagaré lo que pida.

—Espera,—dijo el viejo cerrando la ventana;—mi hijo te guiará.

Vladimir esperó, pero no había pasado un minuto cuando volvió á llamar á la ventana.

La barba blanca volvió á aparecer.

—¿Qué quieres aún?—preguntó el viejo.

—¿Pero sale tu hijo?—dijo impacientemente Vladimir.

—Ya va, se está calzando. Si tienes frio entra y te calentarás.

—Gracias; mándame en seguida á tu hijo.

Abrióse la puerta y salió un muchacho con un palo en la mano que echó á andar delante, ya siguiendo, ya buscando el camino cubierto de montoncillos de nieve.

—¿Qué hora es?—preguntó Vladimir.

—Pronto amanecerá,—dijo el muchacho.

Vladimir calló.

Los gallos cantaban, y ya había bastante claridad cuando llegaron á Jadrino.

La iglesia estaba cerrada.

En cuanto pagó al guía, llamó Vladimir á la puerta del sacerdote. Su troika no estaba en el patio: ¿qué noticia le aguardaba?

Pero volvamos al buen Nenarodowski y veamos lo que pasaba en su casa.

Nada.

Los ancianos se levantaron y entraron, como de costumbre, en el salon; Gabriel Gabrielowich con el gorro de dormir y la almilla de franela, y Pascovia Petrowna en traje de casa.

Gabriel Gabrielowich mandó preguntar á su hija cómo seguía de la cabeza, y si había dormido bien.

La criada volvió diciendo que la señorita había dormido mal, pero que bajaría en seguida al salon.

En efecto, abrióse la puerta, y María Gabrielowna se acercó á saludar á sus padres.

—¿Cómo va esa cabeza, María?—preguntó el anciano.

—Mucho mejor, padre,—respondió María.

—Habrán cerrado la estufa demasiado pronto, y el tufo te habrá hecho daño.

—Es posible, mamá,—respondió María.

El dia pasó bien; pero al acercarse la noche empeoró María, y mandaron buscar al médico del pueblo.

Cuando llegó éste encontró delirando á la enferma: una fiebre terrible se declaró, y la pobre jóven permaneció ocho dias entre la vida y la muerte.

Nadie sospechaba en la casa la fuga de María: quemáronse las cartas que escribió, y la doncella no había dicho palabra, temiendo atraerse la cólera de sus amos. El pope (sacerdote ruso), el abandonado, el agrimensor y el jóven lancero fueron discretos; Terschka, el cochero, no era hablador ni aun cuando estaba bebido. El secreto quedó oculto, aunque lo conocían media docena de individuos.

Pero María hablaba de él en su continuo delirio; sin embargo, sus palabras eran tan incoherentes, que su madre, que no se separaba del lecho de la enferma, no comprendió otra cosa sino que su hija se moría de amor por Vladimir Nicolaewitz, y que aquella pasion causaba su enfermedad. En vista de esto, consultó á su marido, pidió consejo á varios vecinos, y todos convinieron por unanimidad que estaba escrito en el destino de María Gabrielowna «que la pobreza no es vicio, y que se vive con el hombre y no con su dinero,» y otros aforismos de esta clase.

Los refranes morales sirven admirablemente bien en todas las circunstancias, cuando no tenemos razones para justificarnos.

María entró al fin en convalecencia. Como hacía mucho tiempo que no se había presentado Vladimir en casa de Gabriel Gabrielowich, acobardado por el modo con que era recibido, resolvieron buscarle para darle á conocer verbalmente su inesperada fortuna.

Pero ¡cuál fué el estupor de los habitantes de Nenarodowo, cuando, en contestacion, recibieron una carta que demostraba un hombre medio loco! Aquella carta decía que nunca se presentaría su autor en la casa, y suplicaba que olvidasen á un desgraciado cuya única esperanza era la muerte.

A los pocos dias supieron su partida para el ejército. Esto ocurría en 1812.

Durante algun tiempo no se atrevieron á comunicar la noticia á la convaleciente. Por su parte, esta nunca hablaba de Vladimir. Solamente despues de algunos meses, viendo citado su nombre entre los que se habían distinguido y habían sido gravemente heridos en Borodino, se desmayó, haciendo temer una recaída; pero afortunadamente no tuvo consecuencias aquella indisposicion.

Poco despues experimentó otra desgracia; Ga-

briel Gabrielowich murió, dejándola toda su fortuna. La herencia no podía consolarla; participó sinceramente del dolor de Pascovia Petrowna y prometió no abandonarla jamás; las dos dejaron á Nenarodowo, sitio que excitaba en ellas tantos recuerdos dolorosos, y fueron á habitar en una propiedad que poseían en el gobierno de...

No faltaron allí pretendientes á la jóven, amable y rica María, pero á ninguno dió esperanzas. Su madre la aconsejaba algunas veces que eligiera marido; pero la jóven movía la cabeza y quedaba pensativa. Vladimir no existía ya; había muerto en Moscow la víspera de la entrada de los franceses. Su memoria parecía sagrada para María, que conservaba todo lo que podía recordárselo: los libros que había leído en otro tiempo, sus dibujos, las cartas y versos que la había dirigido: sabiendo esto los vecinos, se asombraban de aquella constancia, y esperaban con curiosidad la aparición del héroe que había de triunfar de la triste fidelidad de aquella nueva Artemisa.

La guerra terminó gloriosamente para la Rusia; sus regimientos volvían vencedores del extranjero. Las poblaciones salían á recibirlos; las músicas militares hacían vibrar el aire con canciones recogidas en el camino: —¡Viva Enrique IV! las melodías de Joconda y los walses tiroleses eran el fondo del repertorio musical de los regimientos.—Los oficiales que habían partido adolescentes volvían endurecidos por la atmósfera de los combates y ricos de condecoraciones y medallas.

Los soldados hablaban alegremente, mezclando en sus conversaciones palabras francesas y alemanas. ¡Tiempo inolvidable, época de gloria y embriaguez! ¡Con cuánta fuerza palpitaba entonces el corazón ruso al nombre de patria. ¡Cuán dulces eran las lágrimas en la reunión de las familias! ¡Con qué simpatía se unían los sentimientos de orgullo nacional con el cariño al emperador! ¡Y qué momentos también para él!

Las mujeres rusas estaban desconocidas entonces; había desaparecido su habitual frialdad; su entusiasmo era verdaderamente embriagador cuando salían á recibir á los vencedores. Todas gritaban ¡hurrah! y agitaban sus pañuelos.

¿Cuál será el oficial de aquella época que no confiese que su mejor recompensa la recibió de la mujer rusa?

María Gabrielowna habitaba con su madre, según hemos dicho, en el gobierno de... alejado del camino por donde volvía el ejército á su país. No vieron, por consiguiente, cuán glorioso fué este regreso.

Pero el entusiasmo fué más glorioso tal vez en los distritos y en las aldeas que en la capital: la llegada de un oficial ocasionaba una verdadera fiesta,

y el paisano con su levita no podía rivalizar con él.

Hemos dicho que, á pesar de su indiferencia, María Gabrielowna estaba rodeada de pretendientes; pero todos tuvieron que batir retirada cuando se presentó el coronel Bourmine, con su precioso uniforme de húsar, con la cruz de San Jorge en el pecho, y sobre todo, adornado con un *interesante dalno*, como decían las señoritas de las cercanías.

Podría tener veintiseis años, y venía con licencia á unas propiedades cercanas á las de María; ésta le distinguió muy pronto entre los jóvenes que le rodeaban y su habitual tristeza desapareció. No se puede decir que coqueteara con él; pero si un poeta hubiese observado lo que pasaba en ella hubiera podido exclamar:

¿Se amor non è, che dunque?

Bourmine era en efecto un jóven distinguido y á propósito para inspirar una pasión; precisamente poseía el género de talento que agrada á las mujeres. Sin pretensiones y naturalmente gracioso, su conducta para con María era sencilla y llena de atenciones: á pesar de cuanto la jóven decía ó hacía, sus ojos y su alma parecían no poder abandonarle. El jóven coronel parecía dulce y modesto; pero aquello era engañadora apariencia, porque su reputación de mala cabeza estaba sólidamente cimentada en la opinión pública; esto, sin embargo, parecía no perjudicarle en el ánimo de María Gabrielowna, que, como todas las jóvenes de su edad, estaba muy dispuesta á absolverle de aquellos pecadillos.

Pero más que todo, más que la ternura del jóven húsar, más que su interesante palidez, más que su brazo en cabestrillo, su silencio despertaba la curiosidad en la imaginación de María. La jóven se confesaba que le agradaba, y probablemente él también, con su talento y experiencia, conocía que no le era indiferente. ¿En qué consistía que no se echaba á sus piés manifestándole su amor y se encerrara en aquella reserva? ¿Qué causa detenía en sus labios aquella confesión que parecía pronta á escaparse? ¿Era la timidez inseparable de una pasión verdadera, ó el orgullo y los ardides de un astuto seductor? Todo esto era para María un verdadero enigma.

Pensando en este misterio y tratando de sondearlo, creyó que su silencio no tenía otra causa que la timidez; en consecuencia de esto trató de alentar al coronel con atenciones más visibles, y en caso necesario, con un poco de tierno abandono. La jóven tejía la trama de un desenlace ignorado, y esperaba con impaciencia el instante de la explicación romántica. En todo aquello había indudablemente un secreto, y un secreto, sea de la clase que quiera, es siempre un medio de seducción para el corazón de una mujer.

Las combinaciones estratégicas de María tuvieron

el deseado éxito: Bourmine cayó muy pronto en tan profunda melancolía, sus ojos se fijaron con tanto fuego en ella, que parecía acercarse visiblemente el momento decisivo. Los vecinos hablaban del matrimonio como de cosa decidida, y la buena Pascovia Petrowna estaba llena de júbilo al ver realizarse al fin todas sus esperanzas.

Un día estaba la anciana en el salón, cuando entró Bourmine y le preguntó por la salud de María.

—Está en el jardín,—respondió la anciana;—id á buscarla: aquí os esperaré á los dos.

Bourmine salió y la buena madre hizo la señal de la cruz al verle pasar:

—¿Quién sabe si se terminará hoy el negocio?

Cuando Bourmine se acercó á María estaba ésta cerca del estanque, bajo un sauce, con un libro en la mano y vestida de blanco, como una verdadera heroína de novela; despues de las preguntas de costumbre llevó intencionadamente la conversacion á un terreno en el que debía tener lugar la deseada declaracion.

Así sucedió: Bourmine, comprendiendo la dificultad de su posición, declaró que hacía tiempo buscaba ocasion de abrirle su pecho y le pidió un momento de atención.

—Os amo,—le dijo Bourmine,—os amo con delirio.

María se ruborizó y bajó la cabeza.

—Pero he obrado mal,—añadió el jóven,—he obrado con suma imprudencia abandonándome á la dulce costumbre de veros y oiros todos los días. Ahora,—continuó Bourmine,—es demasiado tarde para luchar contra el destino. Vuestro recuerdo, el de vuestro adorable rostro, será en adelante el tormento y el consuelo de mi existencia. Pero me resta cumplir un penoso deber; me resta descorrer un velo terrible que pone entre los dos una barrera infranqueable.

—Esa barrera,—dijo María,—existe por mi parte como por la vuestra; no acuseis, pues, á la suerte: no podéis ser mi esposo.

—Sí,—respondió dulcemente Bourmine,—sé que habeis amado; pero la muerte, despues de tres años de separacion, os ha librado de vuestras promesas; y hubieseis sido mia, lo creo así, á pesar de vuestro primer amor, si mi suerte fatal no me condenara á eterna desventura. ¡María, soy casado!

María le miró con asombro.

¡Casado Bourmine! Esto era lo último que le podía ocurrir á la jóven.

—Sí, casado,—continuó Bourmine,—casado desde hace tres años, y, cosa extraña, inaudita, insensata, y sin embargo verdadera; casado sin conocer á mi esposa, sin saber dónde está é ignorando si la volveré á ver.

—¿Qué decís?—exclamó María de Gabrielowna.—

¡Es imposible! Pero continuad... Yo tambien... Despues os lo referiré... Pero, por favor, continuad, continuad.

Bourmine continuó con voz conmovida y penosa: —En los primeros días del año de 1812 volvía apresuradamente á Vilna, donde estaba mi regimiento. Llegando tarde á la remuda de posta hice enjaezar apresuradamente los caballos. Mientras enganchaban empezó á caer una nevada espantosa; el maestro de postas y todos los postillones me aconsejaron esperar á que terminase la nevada, pero los escuché distraido, dando prisa á los criados; parecíame que irresistible fuerza me impulsaba hácia adelante. En efecto, en cuanto estuvo preparado el trineo, monte y grité: ¡en marcha!

El trineo partió y el cochero tuvo la idea de seguir el camino trazado junto al río, que ahorraba tres kilómetros de marcha. Las orillas estaban cubiertas por densa capa de nieve; el cochero no vió el sitio en que debía tomar el camino real, y nos encontramos en una comarca que le era completamente desconocida. La tempestad redoblaba; en fin, al cabo de dos horas de marcha sin direccion fija, vi una luz y mandé al cochero que guiara hácia ella.

Llegamos á una aldea. La luz que había visto radiaba desde la iglesia. Acerquéme para enterarme de lo que era, y vi abierta la puerta, algunos trineos en un patio y dos ó tres personas esperando en el portal.

—¡Aquí! ¡aquí!—me gritaron muchas voces.

Sospechaba que no era yo al que esperaban, pero la curiosidad me hizo acercarme.

—¡Dios mio! ¡cuánto has tardado!—me dijo un jóven: tu prometida está desmayada; el pope no sabe qué hacer.

Tentóme un mal pensamiento. Acostumbrado á las bromas de regimiento, consideré aquella aventura como la más graciosa que podía correr.

Sin responder ni vacilar, salté del trineo y entré en la iglesia, en la que sólo ardía una lámpara.

Una jóven estaba sentada en un banco, con la cabeza apoyada en la pared, en un rincón de la iglesia; una sirvienta, arrodiliada delante de ella, la frotaba las sienes con un pañuelo empapado en vinagre.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó;—habeis estado á punto de matar á mi pobre señorita con vuestro retraso.

El sacerdote se acercó á su vez.

—Caballero,—me dijo,—no hay un instante que perder; pueden sorprendernos de un momento á otro; apresurémonos.

—Pero ya veis que apenas puede sostenerse esa señorita,—le contesté.

—Con tal que pueda decir sí,—dijo el sacerdote,—será bastante.

Aún podía retroceder; pero la idea de poder referir en el regimiento una aventura tan original, me dominó por completo. Además, creía que nada era tan fácil como anular aquel matrimonio.

—Vamos,—dije,—puesto que todos lo quereis...

Ya habían llevado á la novia delante del altar, donde la sostenía su criada, porque no podía sostenerse por sí sola. Coloquéme á su lado envuelto en mi pelliza de pieles, y el sacerdote no nos hizo esperar. A los pocos segundos todo estaba consumado.

—Ya estais casados; abrazaos y partid,—dijo el jóven que me dirigió la palabra anteriormente.

No deseaba otra cosa; abrí ambos brazos á mi desconocida esposa, empujaron á ésta, que continuaba medio desmayada, y me presentó su rostro, del que, con la oscuridad, sólo pude distinguir la palidez.

En seguida me miró, y con un grito de terror que aún resuena en mi oído:

—¡Oh! ¡no es él!—exclamó, y cayó desmayada de nuevo.

Los testigos se precipitaron hácia ella, y mientras se ocupaban de la pobre jóven, comprendiendo la trascendencia de mi acción, salí corriendo de la iglesia y monté en el trineo, gritando:

—¡Al galope, cochero! ¡al galope!

—¡Gran Dios!—exclamó María Gabrielowna, palideciendo y estremeciéndose á la vez.—¿Y no sabéis qué ha sido de vuestra desgraciada esposa?

—¡Oh! ¿Qué tenéis? ¡En nombre del cielo! ¿Qué tenéis?—la preguntó el jóven oficial.

—Os pregunto,—repitió María Gabrielowna con imperiosa voz,—os pregunto si sabéis qué ha sido de vuestra desgraciada esposa.

—No,—respondió Bourmine, cediendo al ascendiente de la jóven,—no; ignoro cómo se llama la aldea donde me casé, no recuerdo tampoco el nombre de la parada de postas en que me detuve. Además, no creyéndome ligado por una ceremonia que en realidad no me era personal, hablaba de ella como de una broma. Un amigo más reflexivo que yo me asustó diciéndome que estaba realmente casado, unido para toda la eternidad en este mundo y en el otro; que sería posible el divorcio si encontraba á la jóven, y de comun acuerdo lo pedíamos. Me he puesto en su busca, pero inútilmente. ¿Qué tenéis, María? Parece que vais á morir.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó la jóven.—¿Erais vos? ¡Oh! ¡Desgraciada de mí si no os hubiera encontrado, ó si al encontraros... no os hubiese amado!

Bourmine palideció, lanzó un grito de angustia y de alegría á la vez, y cayó de rodillas ante María Gabrielowna.

A. PUSCHKINE.

¡UNA HORA!



Yo he soñado alguna vez, que se desprendían ciertas horas de la vida de los ángeles y venían á la tierra á atravesar al destino del hombre.

(VÍCTOR HUGO.—*Los miserables*.)

Hay algo más que el dolor:
Una nube y una estrella.

(ECHEGARAY.—*La última noche*.)

Hora sin nombre, bendecida hora
Que nunca para mí serás pasada,
Si el alma acaso llora
Cuando en tí piensa, es lágrima adorada
La que exprime el recuerdo que ella adora.
Naciste como nace en selva umbría
Retoño por los árboles cubierto;
Cual la corriente fría
En las enhiestas cimas del desierto
Monte en que habita el águila bravia.
Pasaste, y fué tu paso más callado
Que el del germen que vaga á la ventura
Sobre el aire llevado;
Que el del fulgor que brilla en noche oscura;
Que el de la nube de vellon rizado.
Moriste como muere en playa ignota
La azul onda; cual muere en la batalla,
Sobre tierra remota,
Soldado humilde cuyo nombre calla
La fama en la victoria ó la derrota.

Saber no importa al mundo de qué ala
Cae la pluma que al céfiro entretiene;
De qué pecho se exhala
Un jay! errante; de qué orilla viene
La flor que entre ondas turbidas resbala.
Saber no importa al mundo que hubo un día
Que en sus horas contó mi hora de gloria,
Gloria tan sólo mía;
Pues mira el mundo como pobre escoria
Lo que su estruendo ó su esplendor no guía.
La hora del mundo es sólo la en que bramá
Como revuelto mar, torpe bullicio
Con que quizás aclama
Servil rebaño al coronado vicio
Que en las cumbres serpeando se encarama.
La hora del mundo es sólo la que en llanto
Anega una ilusión; la que recibe
El orgiástico canto;
La que una maldición pasando escribe
Ó borra de la vida un nombre santo.
La hora del mundo es sólo la agoniosa
En que todo sucumbe bajo el peso
De la barbarie odiosa;
La hora en que vende un Judas con un beso
Ó triunfa de un Satán la ira orgullosa.
La hora del mundo acaso es la hora aquella
Que ve al genio nacer, sobre su frente
Vibrando la centella
Que en pos ha de dejar huella esplendente
Ó, cual de incendio, ennegrecida huella...
No, no eras tú del mundo: tu existencia
Anónima, inefable, inmaculada,
Fué la impalpable esencia
Que, apénas de dos almas exhalada,
Del suelo infecto esquivaba la presencia.

¡Hora bendita! La menuda arena
 No te contó cayendo grano á grano;
 Del sol la luz serena
 No te midió tampoco; ni la mano
 De hábil invento te ciñó cadena.
 Cuando desde lo eterno desprendida
 Bajaste á verter goces no sentidos
 En esta triste vida,
 De un corazon y de otro los latidos,
 Vibrando al par, sirvieron de medida.
 Hora cuyo recuerdo no destierra
 De mi lado el olvido,—tú me diste
 Un cielo aquí en la tierra:
 ¡A durar más, me dieras cuanto existe
 Allá en los cielos que el misterio cierra!

F. DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

II.

Expuestas en la primera lección las causas que han motivado la sustitución de la Prehistoria por la Geología agrícola en este curso, veamos de qué manera puede presentarse mejor tan importante asunto, para que á lo útil vaya asociado lo ameno, tal como mi torpe palabra lo consienta.

Tres son las cuestiones que la ciencia-arte llamada Geoponia, palabra derivada de Ge, tierra, y ponos, labor ó trabajo, se propone resolver, y son: primera, indagar el origen, naturaleza y propiedades físicas y químicas del suelo y subsuelo vegetal; segunda, conocer los medios y las sustancias de que el hombre puede valerse para comunicar á la tierra la mayor fertilidad posible; y tercera, señalar los terrenos donde el agricultor ilustrado pueda encontrar los materiales que han de servir de mejoramientos. A estos tres puntos capitales hay que agregar otro, no ménos importante, y estrechamente relacionado con los estudios geológicos, cual es el relativo á las reglas y preceptos que pueden seguirse para buscar é iluminar aguas naturales ó de salto, verdadera alma de la Agricultura, pues sin este poderosísimo agente, bien puede asegurarse que no hay medio de hacer que las tierras sean ni poco ni mucho feraces.

Lo fundamental de la Agricultura consiste en saber que las plantas no crean nada, limitándose, segun el destino que plugo á la sabia Providencia darlas, á tomar del suelo y de la atmósfera, bajo la influencia de la luz, del calor, de la electricidad y de otros agentes ménos conocidos, la materia mineral, y trasformarla, por un procedimiento misterioso y que jamás el hombre llegará á conocer, en orgánica, representada por los principios inmediatos, por la célula, el vaso, la fibra y el tejido. De donde fácil y hasta lógico es deducir que si en el elemento en que vive no encuentra el vegetal todo lo que necesita y en la cantidad suficiente para su desarrollo, es de sentido comun que, léjos de recompensar al hombre con sus productos del

trabajo y afanes que para cultivar esta ó la otra especie pone en juego, sólo sufrirá, una tras de otra, toda clase de decepciones. Precisamente distínguese la Agricultura empírica ó rutinaria de la científica y racional en que, con arreglo á aquella, el labrador siembra ó planta inconscientemente, no teniendo más razon para ello que el haberse hecho lo mismo por sus antepasados, sin comprender tampoco por otra parte, ni ménos explicarse, la rápida y á las veces alarmante esterilización de sus tierras, limitándose, llegado este caso, á cruzarse de brazos y rogar á Dios que no le abandone en la noble tarea de procurarse el pan que necesita para sus hijos, y que la tierra, que él llama ingrata, le niega. Si la pertinaz sequía agosta sus campos y le priva de las cosechas, como por desgracia ocurre muy á menudo en nuestro país, recurre á las rogativas adoraciones, olvidando por efecto de su ignorancia lo de «á Dios rogando y con el mazo dando,» y tambien que él mismo tiene la culpa de que llueva ménos ahora que en otros tiempos, por haber abusado de la libertad política, que quizás prematuramente le concedieron, para despoblar, talar y quemar los bosques, con lo cual priva á la atmósfera de la humedad, que se convierte en agua líquida y sólida cuando, arrastrada por las corrientes atmosféricas, encuentra ó llega á puntos donde la temperatura la obliga á cambiar de estado.

No seré ciertamente yo el que eche en cara y ménos quien trate de poner en ridículo ciertas prácticas religiosas de los pueblos, cuando en las grandes calamidades levantan los ojos á Dios implorando su inagotable clemencia; pero opino que es prudente, y en cierto modo tambien moral y religioso, no fiar sólo en la Virgen, sino trabajar y poner de nuestra parte todo lo posible para que no sobrevengan tamaños castigos ó semejantes efectos naturales, dadas las causas que los determinan; siendo excusado añadir que en particular en todo lo que á la tierra y sus productos se refiere, el hombre casi lo puede todo. Pero para esto se hace de todo punto indispensable que vaya cundiendo la instrucción, pues á la luz de su antorcha, no sólo se desvanecerá toda idea falsa respecto á la significación que tienen los bosques, verdadera vida de la Agricultura y nuestra sola esperanza, si se acude pronto y con mano fuerte á repoblarlos y á que se respeten y consideren como algunos pueblos de la antigüedad que los miraban cual si fueran sagrados, sino que se dará á la Agricultura un sello científico, que es lo que tanta falta hace.

La ciencia nos enseña, con efecto, que la tierra vegetal y la atmósfera deben considerarse como un inmenso recipiente ó despensa de elementos indispensables para el desarrollo de las plantas, que conviene esté siempre bien repleta de todo aquello que éstas necesitan, pues de lo contrario, languidecerá y hasta llegará á perecer por falta de sustento la vegetación que nos empeñamos inconsideradamente en que crezca y se desarrolle. Y como quiera que el consumo que hacen los vegetales es incesante, mientras viven, claro es que no nos hemos de descuidar en reponer las pérdidas que por este medio experimenta la tierra si queremos que no sean estériles nuestros esfuerzos.

Veamos, pues, de qué se compone la tierra; de dónde proceden los diferentes elementos minerales y orgánicos que en su conjunto la representan, y de dónde ó de qué terrenos ha de sacar el hombre lo que necesita para restablecer el equilibrio que

el incesante gasto que hacen las plantas llega á romper. El establecimiento y formacion del actual suelo arable data, sin duda alguna, del periodo llamado cuaternario, como resultado natural de causas muy diversas, las cuales, actuando aún hoy, contribuyen de un modo eficaz á que continúe, por decirlo así, su proceso. Y aunque es de suponer que en todas las épocas de la historia terrestre han existido el suelo y el subsuelo donde se desarrollaron las espléndidas vegetaciones que tanto las caracterizan, la dilucidacion de semejante punto hay que dejarla para el geólogo, atento al estudio de todo lo que puede esclarecer la historia de nuestro planeta. A nosotros, sobre todo en el terreno de la aplicacion, lo que nos conviene conocer es lo de hoy, para lo cual juzgo que será oportuno dar una idea de la estructura geológica en general y más particularmente la de la Peninsula, sirviéndonos este dato de base firmísima para comprender el origen, la composicion y demas accidentes de la tierra vegetal y del subsuelo, y para distinguir los medios de que nos hemos de valer para aumentar su fertilidad.

La tierra fué en su origen, segun la teoría hoy más en boga, una masa inmensa de sustancias en ignicion, efecto sin duda de la elevada temperatura que la presion de los materiales al agruparse alrededor del núcleo determinó. El enfriamiento por una parte, y las infinitas y complicadas reacciones químicas por otra, determinaron la formacion de una delgada película que más tarde fué y sigue siendo lo que se llama costra sólida terrestre, la cual, oponiendo un obstáculo á la salida de los materiales del interior, originó lo que la ciencia llama, segun la feliz frase del gran Humboldt, volcanismo, caracterizado por las erupciones de materia candente, por los terremotos y las oscilaciones de los continentes. A favor de las primeras aparecieron y se formaron la mayor parte de los relieves del globo, representados por las cordilleras, cuyo eje está representado por las rocas llamadas hidrotermales (pórfidos y granitos), y por las ígneas (traquita, basalto y lava). Las aguas, en estado de vapor suspensas en la atmósfera mientras la temperatura del globo fué muy alta, llegaron á instalarse en la superficie cuando su estado termométrico lo permitió, empezando ó coincidiendo con esto la misteriosa aparicion de la vida y la formacion en el fondo de los mares primitivos de depósitos de sedimento que, por su disposicion en bancos ó capas sensiblemente horizontales, formaron desde su origen singular contraste con las grandes masas no estratificadas procedentes del interior. Contribuyeron las aguas á este nuevo proceso terrestre, no sólo recibiendo en su seno los materiales trasportados, sino determinando la disgregacion, la descomposicion y el acarreo de los detritus de las rocas. La lluvia, determinada por la evaporacion de las aguas y enfriamiento de las corrientes atmosféricas en las altas regiones, completó este majestuoso cuadro, dando origen á la hidrografia exterior y subterránea, ambas sujetas al mismo régimen, segun veremos más adelante, y ocasionando la erosion ó denudacion de los terrenos, al transporte y á la sedimentacion por virtud de la cual renacen, cual otro fénix, las mismas rocas que ántes descompusiera el agua y la atmósfera. Los despojos de las plantas y animales que á la sazón vivieron en las aguas de aquellos mares, infinitamente más grandes que los de hoy, quedaron se-

pultados en los sedimentos que en su seno se formaban, sufriendo una alteracion profunda en su composicion, que los convirtió en lo que hoy se llaman fósiles, conservándose en el seno de los estratos terrestres á manera de indelebles medallas, á favor de las cuales puede el hombre interpretar y conocer, como si hubieran pasado en su tiempo, todos los acontecimientos de la historia de nuestro planeta.

Con interrupcion unas veces y sin discontinuidad otras, sucedieron á este primer periodo otro y otros, caracterizados por animales y plantas específicamente distintos, y por rocas y minerales que variaban tambien y á tenor de la vida llamada orgánica, hasta llegar al periodo cuaternario, en que se completa la creacion con la mayor parte de los seres que vemos hoy, coronando, por decirlo así, el edificio con la presencia del hombre único, á quien le había de ser dado, merced á la superioridad de su organismo y á su naturaleza material y espiritual, comprender y deleitarse en el espectáculo de tanta grandeza y armonia. Desde entónces empieza el periodo actual, fiel trasunto de lo que ha pasado en otros tiempos, y cuyo estudio ha servido en los últimos cincuenta años á dar el admirable impulso que ha recibido la ciencia, que puede decirse ha llegado á la plenitud de su desarrollo, hasta el punto de servir de base sólida y firmísima á muchas y muy variadas aplicaciones al mejor estar del hombre. No es, pues, la Geología, á la altura que ha llegado, tan sólo un ramo delicioso de estudios teóricos, sino que se presta á servir de apoyo á la Agricultura, á la Industria, á la Historia, á la Medicina, etc.; pero para no divagar más, y con el plausible propósito de hacerlo útil á nuestro país, concretaremos el asunto al exámen de los diferentes terrenos, y muy especialmente al de aquellos que tengan más importancia en España, lo cual será objeto de la leccion próxima, sirviéndonos para ello del mapa geológico trazado y hábilmente llevado á cabo por un distinguido geólogo amigo íntimo y que honra esta cátedra con su presencia.

JUAN VILANOVA.

Madrid 21 de Noviembre de 1876.

SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

La Constitucion política de Inglaterra (1).

Hizo uso de la palabra el Sr. Íñigo, y comenzó manifestando que lo mismo el Sr. Montoro que el Sr. Moret habían dejado entrever que en su concepto debían traerse á nuestra España las instituciones políticas de Inglaterra, en las que cifraban la prosperidad y bienestar de aquella nacion. Con el intento de combatir esta opinion, dijo que era de todo punto indispensable preguntarse primero: ¿Qué es

(1) En el extracto del discurso del Sr. Montoro que publicamos en el número anterior, en vez de Conde de Leicester, léase Simon de Montfort. Las cartas de Juan I fueron dos, la Magna y la Florestal. A través de sucesos varios Eduardo I confirma las cartas y las completa con el famoso Estatuto de *Tallagio non concedendo*. Los Comunes gozan en prestigio y prerogativas, hasta la dinastía de Tudor inclusive, que los somete, sin embargo, á la presion que pesaba sobre el reino, y continuando así las cosas viene, con las demasías de los Stuardos, la gran catástrofe de que fué víctima Carlos I.

la Constitución inglesa? ¿Es una Constitución redactada por artículos, como las de la mayor parte de los demás pueblos? A juicio del orador, esta Constitución no está definida; es algo que permanece en suspenso, y apoyada tan sólo en la costumbre moviediza y efímera. Lo que constituye la política inglesa son unas cuantas instituciones, cuyo modo de obrar se va regulando lentamente por el hábito. Estas instituciones son la Monarquía, el Parlamento y la Administración de justicia. El progreso y bienestar de Inglaterra no se funda en ellas; no es su parlamentarismo el que la presta su prosperidad, sino principalmente su carácter industrial y comercial. Merced á este carácter emprendedor, apenas hay país en la tierra donde no se deje sentir la influencia de aquella nación. Todos le ofrecen primeras materias, que ella se encarga de transformar con su poderosa industria. Además de esto, debe su importancia Inglaterra á otra porción de elementos que no debemos echar en olvido. Estos elementos son: su ley de navegación; su ley de pobres; su centralización, más absorbente que la francesa; la paz que viene disfrutando desde 1815, y, por último, el clima, que constantemente influye sobre su actividad.

En cuanto á la aplicación que estas instituciones pueden tener en España, cree que es un absurdo acordarse de la Constitución inglesa, cuando en nuestra patria tenemos Constituciones superiores. Cita á este propósito la de Aragón, que, en su concepto, ofrece un espíritu de libertad y de justicia más grandes que la de Inglaterra, siendo admiración de extranjeros más que de propios. Inglaterra, para formar su Constitución no ha pedido nada á las demás naciones, ni ha necesitado vestirse con ropajes extranjeros. ¿Por qué hemos de ir pidiendo nosotros elementos para la nuestra? Desde el año 1812, por nuestro afán intemperante de imitar lo que pasa en otros países, hemos fabricado multitud de Constituciones, sin consultar á las necesidades, al modo de ser, y á las tradiciones de nuestra patria. Como era de esperar, todas fracasaron.

El Sr. Iñigo pregunta después: ¿Qué es lo que vamos á trasladar aquí? ¿Quereis hacernos ingleses de súbito? ¿Vamos á trasladar á nuestro país la Cámara de los Comunes? ¿Vamos á trasladar los talleres de la Gran Bretaña y la actividad anglosajona?

En su opinión, si se quiere tener una Constitución estable y firme, es necesario volver los ojos á nuestras antiguas libertades, y si alguna reforma se necesita, llevarla á cabo con mesura y espacio, no de un modo irreflexivo y precipitado. Las decantadas libertades inglesas no han aparecido tampoco repentinamente, sino que son obra de los siglos. La libertad de asociación comenzó en Inglaterra con multitud de restricciones que fueron desapareciendo sucesivamente cuando por su cordura y sensatez en aplicarla, se hizo digna de ello la nación. La libertad de imprenta en sus principios fué también muy limitada, pues había censor para la prensa. Y á este tenor sucedió con todas las libertades que hoy tanto nos admiran.

Volviendo la vista á lo que ha sido y á lo que es nuestra nación, termina el orador afirmando que la pérdida de nuestra libertad comenzó cuando se arrancaron los fueros y las franquicias á los pueblos que los tenían.

—El Sr. Montoro, que pidió la palabra para rectificar, comenzó manifestando que el Sr. Iñigo no ha-

bía hecho una impugnación de su discurso, sino que había expuesto meramente una serie de ideas que en parte admitía y en parte rechazaba.

El Sr. Iñigo le había dirigido, no obstante, una pregunta, á la que quería contestar. Le preguntaba qué es lo que pretendía trasladar de Inglaterra á nuestro país; y contestando á ello, dijo que todo lo que es puramente formal y exterior es tradicional en Inglaterra y no puede trasplantarse; pero hay algo en la Constitución de aquel país, esencial, algo que es común á todos los pueblos, como el Sr. Iñigo había demostrado haciendo el panegirico de nuestras antiguas Constituciones. Ese es el elemento que el orador quiere reivindicar para nuestro país, donde ha sufrido muchos y muy largos eclipses. Termina diciendo que para buscar ese elemento no necesitamos ciertamente acudir á Inglaterra ni á ningún otro país, pues lo encontramos de un modo bien claro en el fondo de nuestra conciencia.

—Rectificó también el Sr. Moret; y contestando á la acusación que el Sr. Iñigo le había hecho de querer copiar la Constitución inglesa, lo cual en concepto de aquel orador era antipatriótico, dijo que nunca había querido expresar que era plausible copiar ó imitar la política de Inglaterra.

Al examinar esta política y al contemplar el estado próspero de aquella nación, el único deseo que ha nacido en nosotros es el investigar por qué procedimientos y modos se ha llevado á cabo su progreso, y si es posible para los demás países seguir la misma marcha y alcanzar el mismo fin.

El Sr. Iñigo no quería para España las libertades inglesas, porque no estamos en condiciones para sostenerlas sin abusos y licencias. La libertad de imprenta no debe existir en España, según el señor Iñigo, porque nuestra prensa es turbulenta y perturbadora; la libertad de conciencia tampoco, porque nuestros *meetings* degeneran en molines. En concepto del orador, decir á una nación: «No tengas libertad porque abusarás de ella y esto te producirá desgracias,» es lo mismo que decir al niño: «No te muevas, porque en tus primeros pasos tropezarás seguramente,» ó sería hacer lo mismo que aquel inglés que no quiso bañarse hasta que supiera nadar, y se murió sin sufrir el contacto del agua. ¿Se presume por acaso que en Inglaterra no se ha abusado y no se abusa todavía de la libertad? Las obras de los hombres todas son imperfectas, y todos los bienes han de ir acompañados por fuerza de una parte de mal.

En cuanto á la Constitución aragonesa que el señor Iñigo nos presentaba como modelo digno de ser copiado por nuestros legisladores, juzgo que es más extraña para nosotros que la de Inglaterra, y que las instituciones de Aragón son tan extranjeras en España como las de cualquier otro país.

De Inglaterra nos separa la geografía, pero de las antiguas libertades aragonesas nos separan las espesas sombras que esparció la casa de Austria en nuestra patria. Para que pudiéramos tener una Constitución como la aragonesa, sería menester un poder real que supiese respetar los derechos del pueblo ó de sus representantes, como el de los Reyes Católicos.

¿Qué pronto vendría un Felipe II á sofocar los gritos de libertad con la sangre de Lanuza!

El Sr. Moret termina diciendo que lo que quiere traer á su patria de Inglaterra ó de cualquier parte donde exista es la justicia y la libertad, y que para conseguirlo, calcula que serán necesarias muchas

caídas y contratiempos y un largo período de educación y aprendizaje.

—La presidencia concedió después la palabra al presbítero Sr. Sanchez, el cual dió principio á su discurso lamentándose de que la historia se hubiera hecho por los oradores que le habían precedido, manifestando tan sólo aquello que era favorable á su propósito y omitiendo lo que era contrario. El Sr. Montoro, según él, había expuesto la historia de Inglaterra como poeta y no como veraz historiador. El Parlamento inglés tiene, en su concepto, una historia tan llena de lastimosas caídas como la de todos los Parlamentos. Todos conocen la serie de veces que Enrique VIII se impuso al Parlamento, obligándole á votar y á sancionar cuanto le plugo. Todos tienen noticia también del odio mortal que Isabel de Inglaterra profesaba á la desgraciada María Estuardo, reina de Escocia. Pues bien, el Parlamento, que conocía bien esta aversión, tuvo bastante cobardía y servilismo para dirigirse á la reina suplicándole que firmase la sentencia de muerte de María, con el objeto de halagar los instintos depravados de su soberana. Lo que fué el Parlamento en tiempo de Cronwell no es necesario recordarlo. Aquel hombre que hizo colocar sobre el templo de las leyes el siguiente letrado: «Esta casa se alquila,» no sólo manejó á su antojo el Parlamento, sino que destruyó todas las libertades inglesas. Esto viene á demostrarnos que los Parlamentos no han sido siempre tan grandes como se quiere decir.

Tampoco es cierto que en Inglaterra sea tan antigua la libertad como el Sr. Montoro supone. Hasta 1829 (esto es, más tarde que entre nosotros) no desapareció la monstruosa Inquisición inglesa. En la libre Inglaterra se persiguió cruelmente á los católicos hasta una fecha muy reciente.

Refiriéndose á las duras palabras con que el señor Moret había condenado á la monarquía austriaca, hizo la reflexión de que á esta monarquía le sucedió lo que á todos los reyes que suben al trono de un pueblo que ha llegado á un alto grado de importancia y poderío. Los pueblos poderosos se sienten llamados á la conquista y envuelven á sus reyes en empresas imposibles, donde perecen.

Tocante al Jurado, se extraña de que el Sr. Moret se haya enamorado de él tan *a priori* y sin saber todavía los resultados que aquí daría una verdadera aplicación de este sistema.

Después que se haya visto funcionar, es cuando el Sr. Moret tendría derecho á cantar sus alabanzas.

El orador queda en el uso de la palabra para la próxima sesión.

Madrid 23 de Noviembre de 1876.

SECCION DE LITERATURA.

Estado actual de la poesía lírica en España.

Usó de la palabra el Sr. Peulma, y refiriéndose á la exposición del tema hecha por el Sr. Revilla, el cual había tratado de aplicar al arte las ideas de progreso y retroceso, observó, que llevar al arte tales conceptos, es en su opinión arrancarle de su esfera propia. Si en la ciencia y en la industria se conciben tales ideas, en el arte no tienen ningún significado.

El progreso supone siempre una obra superior y más perfecta que las anteriores, lo cual es incomprendible tratándose de obras artísticas, pues que

éstas, sin ninguna ley que regule su aparición, se producen en todos los tiempos y en todos los países indistintamente.

Hizo después el orador una crítica breve y sumaria de nuestros poetas líricos en la edad presente. Hablando de D. José Zorrilla dijo que se había calificado su poesía por algunos de enfermiza.

El Sr. Peulma rechaza como injusta esta acusación dirigida á uno de los vates más inspirados y más nacionales que jamás hemos tenido.—De Espronceda dice que tuvo su predecesor en Byron, el primero que hirió con su plectro las cuerdas de la duda y del dolor, pudiendo llamársele bajo este concepto jefe de la escuela romántica. Nuestro poeta, sin embargo, ofrece una inspiración espontánea y propia, y no es justo calificarle de imitador.—Campoamor es, en su opinión, el representante más grande de la poesía lírica contemporánea. Se le imputa un cierto predominio ó exceso del fondo sobre la forma, mas esto pende del carácter de nuestra época, preñada de conceptos y sentimientos que el poeta debe expresar en sus composiciones si aspira á ser su genuino representante. A Becquer también se le achaca pobreza ó estrechez en la forma, pero iguales razones tenemos para eximirle de este cargo. Dada la agitación y el movimiento vertiginoso en que hoy vive la sociedad, se explica que el poeta no tenga la bastante serenidad y sosiego para escribir largos y atildados poemas amorosos, sino esas concisas y diminutas composiciones donde apresuradamente vierte el pensamiento que bulle en su cerebro.

En cuanto á la idea expresada por el señor Revilla de recoger y allegar los materiales útiles del moderno lirismo para la formación de la poesía lírica del porvenir, lo juzga un contrasentido. Estas anticipaciones ó prejuicios caben perfectamente dentro de la ciencia ó de la industria, pero no pueden aplicarse al arte. Nadie es capaz de prever lo que será la poesía lírica mañana, ni es posible trazar pautas á los genios que se produzcan en las edades futuras. Si algo se les puede hacer presente á los jóvenes poetas, es solo la antigua máxima: «Observar al hombre y á la naturaleza y vivir con la sociedad,» logrando de esta suerte ser verdaderos ecos de los sentimientos humanos y no vulgares rimadores.

—El señor Valera, que tomó después la palabra, manifestó desde luego que no había tenido el gusto de asistir á las anteriores sesiones y que por lo mismo no le era posible discutir las opiniones que se habían emitido, sino simplemente exponer sus ideas sobre el asunto planteado en el tema.

Ha sido siempre de opinión, según dice, de que la poesía lírica en el siglo XIX, es decir, en nuestra época, es muy superior á la de todas las épocas anteriores. En cambio, la épica se encuentra en visible decadencia ó ha venido á trasformarse en este género prosaico que llamamos novela. Consiste esto en que no podemos ya, como en tiempos antiguos, traer á la divinidad como mediadora é interventora de nuestros actos. El alto concepto que hoy nos merece, nos priva de ello en absoluto. Además, actualmente todo se sabe, todo se analiza, las fáciles comunicaciones que existen nos ponen al corriente de lo que acontece en las más remotas comarcas, las noticias inexactas se rectifican prontamente, y sería de todo punto imposible introducir el milagro en ninguna obra literaria. Faltando, por consiguiente, la máquina de lo maravilloso y sobre-

natural, falta una de las condiciones esenciales del poema épico. Mas en cuanto á la poesía lírica, vuelve á decir el orador, no hay en lo antiguo nada que se pueda comparar á la nuestra si exceptuamos las inspiraciones de algunos profetas hebreos y las de tal ó cual poeta de los que florecieron en distinto país y período de la historia.

Esto se explica, porque en la época presente se han acumulado todos los ideales, lo mismo los antiguos que los que sucesivamente fueron apareciendo para la humanidad. En el prólogo del poema *Fausto*, los tres arcángeles, Rafael, Gabriel y Miguel se adelantan y dicen á Dios: «Señor, tus sublimes obras son tan admirables como el día que salieron de tus manos.» Nosotros creemos que aún son más bellas. ¿Quién podrá negar que la naturaleza se ha embellecido merced á la labor humana? ¿Quién duda que conocemos hoy mucho más y que comprendemos mejor la inmensidad de lo que aún nos resta por conocer? Pues esto da pábulo y presta inspiración á nuestra fantasía. Cierto es que sabemos mucho acerca de los accidentes y de los fenómenos, mas la esencia ó naturaleza de las cosas permanece para nosotros siempre inexcrutable.

Una de las acusaciones que se dirigen á la moderna poesía, es el tono dolorido y quejumbroso que adopta. Pero este cargo, con mayor razón juzga el orador que puede hacerse á los poetas antiguos. Pues qué, ¿es necesario que recordemos las bellísimas lamentaciones de Jeremías y las que en el *Eclesiastés* exhala con tanta amargura Salomón, aunque no tenga para ello el sabio y espléndido monarca tantos motivos como nuestros pobres vates? En los poetas romanos, Cátulo, Tibulo, Juvenal y muchos otros, hallamos un humor muy semejante.

Existen para nuestra poesía los mismos ideales que nutrian la antigua. El amor, que era el más principal, no ha desaparecido por fortuna de la tierra: tampoco el heroísmo, el sacrificio, la patria, la religión, etc., etc. Pero existen además en la actualidad ideales nuevos ó que por lo ménos se sienten con más intensidad que ántes. El primero es la libertad, cuya idea, aunque no es nueva, jamás ha herido, desde la antigua Grecia, con tanta fuerza las fibras del corazón humano como en el presente momento histórico. Otra nueva idea que el poeta convierte en ideal es la del progreso. La idea de que continuamente nos estamos perfeccionando era desconocida para los antiguos, pues si bien algún poeta, como Virgilio, profetizaba una época venturosa en el porvenir, es siempre bajo el concepto de que al cabo de cierto tiempo volverían las cosas al mismo ser y estado.

Teniendo hoy, pues, el poeta mejores y más numerosos ideales, nada de particular ofrece el que nuestra poesía supere en belleza á la antigua.

Mas esto que decimos *á priori*, queda confirmado con sólo tender la vista á los poetas de nuestro tiempo. El orador cita á este propósito en Alemania á Goethe, Schiller, Heine y otros varios muy notables; en Italia á Leopardi, Manzoni, Hugo Foscolo y Monti; en Inglaterra á Byron, Shelly, Tenyson y algunos otros; en Francia á Víctor Hugo, Lamartine, Musset, etc. En el nuevo continente, en Portugal y hasta en Rusia aparecieron asimismo muchos y eminentes poetas.

Y ofrece nuestra época la particularidad de que en un mismo instante se están cantando todos los ideales que han aparecido sucesivamente en la his-

toria. Como el género humano no está igualmente civilizado y existe, desde la civilización más rudimentaria de los salvajes de América hasta la más adelantada de las naciones europeas, una multitud de grados y de fases distintas, se verifica el fenómeno de que aparecen ahora algunos poetas que escriben como los nuestros del siglo XIII y otros que cantan con la misma sencillez que los primitivos de la India Oriental.

Refiriéndose despues el orador á nuestra patria, cita el primero á Quintana, en cuyas poesías brillan extraordinariamente los dos sentimientos que caracterizan á la época moderna: el amor á la libertad y el amor al progreso. Mas no vaya á entenderse que Quintana enseñaba algo acerca de estas dos ideas. Los poetas no deben aspirar á otra cosa que á hacer sentir á impulso del sentimiento cuya cuerda vibran. El manual más insignificante nos enseña más que lo que nos diría el mejor poeta. Quintana, sin embargo, casi desconoció por completo muchos sentimientos de los que generalmente inspiran al poeta, v. gr., el de la naturaleza, cuya belleza apenas le conmovía. En presencia del mar, á quien canta en una famosa oda, apenas se le ocurre otra cosa que celebrar los inmensos servicios que presta por medio de la navegacion.—Despues de Quintana, el poeta más notable de esta escuela es Gallego.—Más tarde aparece el romanticismo afectando desaliño en la forma que Quintana y su escuela habian cultivado con tanto esmero. Pero este descuido es artificioso, pues nadie ha inventado tanta combinacion métrica ni tanto primor en la versificación como la escuela romántica. A pesar de estos primores, la verdadera forma no ganó nada con este movimiento.

Señalando despues el Sr. Valera varios de los defectos que afean á nuestra poesía, hace observar que de la estética proviene uno muy grande. El estudio constante de esta rama de la filosofía, al cual se consagran con exceso algunos poetas, como ejercita únicamente las facultades racionales, no puede ménos de debilitar la fantasía y la inspiracion. Otro defecto es la manía en que se ha dado de remedar la musa popular, asociándola muchas veces en consorcio nefasto con el estilo alemán. También oscurece mucho la belleza de las poesías el prurito de enseñar por medio de ellas. Aparte de esas manchas, de las que no puede verse libre por completo ninguna obra de los hombres, nuestros poetas líricos sin disputa son muy superiores á los antiguos, exceptuando alguno que otro del siglo de oro de nuestra literatura. Espronceda, dice, es un poeta admirable, y lo mismo Becquer; y en cuanto á la acusacion de imitadores que frecuentemente se les dirige, mucho pudiera decirse, pues los amigos del malogrado Becquer saben bien que éste no conocía el alemán ni era muy dado á la lectura de poetas extranjeros.

Madrid 25 de Noviembre de 1876.